

REVISTA

DE

ESTUDIOS EXTREMEÑOS

III

Septiembre-Diciembre, 1947

III-IV

Vieja biografía de D. Pedro de Alvarado, Lugarteniente de Hernán Cortés y Conquistador de Guatemala

La relación de servicios que en sus memoriales a los Reyes suelen incluir los sucesores al reclamar mercedes por los méritos de sus antepasados, tienen un indudable valor de fuente histórica, a través siempre de un detenido análisis eliminatorio del afán ponderativo. Entre la hojarasca pomposa con que se trata de remover el favor regio, suele a veces estar el dato concreto, la fecha o la anécdota que olvidaron los viejos cronistas.

Trazados estos relatos, en muchos casos, a la vista de reales cédulas o de informaciones donde declaran testigos presenciales, recogen perfiles exactos, perdidos entre el barroquismo de una monótona prosa exaltadora. Queriendo sutilizar, acaso podría verse en estas interesadas relaciones de servicios—verdaderos bosquejos biográficos—el antecedente histórico de lo que hoy se llama «biografía apasionada».

Entre las páginas impresas o manuscritas de los viejos memoriales, en empolvados legajos de archivos nobiliarios, yacen sepultadas estas relaciones, que rara vez llegaron a divulgarse, aun cuando la imprenta lanzara unos pocos ejemplares—hojas volanderas de entonces—perdidos en su casi totalidad.

De la figura ilustre de D. Pedro de Alvarado, tan ligada a la historia gloriosa de Hernán Cortés, hay uno de estos bosquejos biográ-

ficos, amplio y detallista, que se guarda en el segundo volumen de una desconocida colección de documentos de Indias (1).

Tanto se ha escrito sobre aquel paladín, cuyo nombre resuena triunfal en las páginas de las viejas crónicas indianas, que no es fácil descubrir perfiles inéditos de su historia. No pensamos, por ello, al dar hoy a estas páginas la vieja relación, aportar noticias sensacionales o hacer importantes rectificaciones. Ni lo uno ni lo otro entra en nuestro propósito, limitado a dar a conocer, íntegramente, con alguna pequeña e indispensable anotación aclaratoria, un relato que, eso sí, tiene un positivo valor de curiosidad, por ser, seguramente, la más antigua biografía del valioso auxiliar del Conquistador de Méjico. No creemos que nadie antes que este descendiente de Alvarado, autor del memorial (2) a que venimos aludiendo, reuniera las dispersas noticias del valeroso guerrero, en un trabajo que, aunque no llega a ser completo ni del todo ordenado, tiene calidad de auténtica biografía. En esto radica su único y verdadero interés, no grande en nuevas aportaciones. Algún dato o juicio propio se consigna; pero se puede advertir fácilmente, incluso por la transcripción literal de frases, que hay un apoyo en fuentes bibliográficas. De éstas, la más continuada a lo largo de todos los relatos, es Herrera (3). Siguen luego en amplitud, en determinados pasajes, Remesal (4), Garcilaso (5) y Gómara (6). Finalmente, hay datos de Rades (7), Acosta (8) y Argensola (9). Aparte, pues, las noticias y juicios aportados por el memorialista, se refleja la principal bibliografía de entonces, notándose, como es

(1) «Colección Tapia y Paredes». Archivo del Conde de Canilleros, sección de asuntos de Trujillo. Este desconocido repertorio documental lo reunió, durante los años 1626 a 1630, el Consejero de Indias D. Luis de Tapia y Paredes.

(2) «Señor/ El Capitán don Nuño Núñez de/ Villavicencio, Villareces, y Alvarado, Capitán de Infantería de la/ Ciudad de Xerez de la Frontera...» sin i. t. Visto por el Consejo el 23 de Octubre de 1627. Col. cit., tomo II, fols. 247 a 272.

(3) Antonio de Herrera: «Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano...». Madrid, 1601-1615.

(4) Fray Antonio de Remesal: «Historia de Chiapas y Guatemala». Madrid, 1619.

(5) El Inca Garcilaso de la Vega: «Historia general del Perú». Córdova, 1617.

(6) Francisco López de Gómara: «La Istoria de las Indias y conquista de México». Çaragoça, 1552.

(7) Fray Francisco de Rades y Andrada: «Chrónica de las Ordenes de Cavallería de Santiago, Calatrava y Alcántara...». Toledo, 1572.

(8) José de Acosta: «Historia natural y moral de las Indias». Sevilla, 1590.

(9) Bartolomé Leonardo de Argensola: «Conquista de las islas Molucas». Madrid, 1609.

lógico, la ausencia de toda aportación procedente de Bernal Díaz (10), cuya obra es de las más fundamentales para el conocimiento de la historia de la conquista de Méjico.

Como quiera que no se trata de un documento en la acepción más completa de la palabra, ni del trabajo directo y original de un historiador, es innecesario hacer transcripción literal. Eliminamos así la monotonía de una prosa espesa, machacona y oscura.

Sin desviación y aditamentos, siguiendo de manera estricta la historia trazada en el memorial, iremos relatando íntegramente su contenido, transcribiendo, entrecomilladas, cuantas frases nos parezca oportuno reproducir (11). Como única modificación, que en nada altera el texto, dividiremos en distintos puntos el relato, a fin de cortar la pesadez compacta del original.

Es de esperar que salga en nuestro trabajo la silueta—grabada en el memorial—de un Alvarado intangible, sin defectos ni trazos ingratos; pero bien es cierto que en este caso, salvo algunos detalles o episodios, no tuvo el parentesco interesado que forzar mucho la realidad con el encomio, porque D. Pedro de Alvarado es uno de los auténticos universales valores extremeños, digno cooperador del extremeño caudillo Hernán Cortés.

* * *

El memorialista Capitán Nuño Núñez de Villavicencio, Villacreces y Alvarado, al enjuiciar las hazañas de su tatarabuelo, antes de narrarlas, dice: «he sucedido como su inmediato sucesor y descendiente legítimo del dicho Adelantado don Pedro de Alvarado en todos sus servicios, que han sido de los mayores que se han hecho a esta Corona».

Tras este juicio encomiástico y justo, anunciando que prescinde de relatar con amplitud los hechos realizados por sus otros ascendientes, Núñez de Villavicencio comienza a trazar la historia de su ilustre tatarabuelo.

(10) La «Historia verdadera de la conquista de Nueva-España», de Bernal Díaz del Castillo, no se publicó hasta 1632, en Madrid.

(11) Conservaremos la ortografía en los nombres personales y geográficos, y, por no ser ésta uniforme, ya que muchos van escritos de forma diferentes en los distintos pasajes, como podrá apreciarse, irán en su mayoría reproducidos entrecomillados.

1. — De Cuba a Tlascala

Don Pedro de Alvarado comenzó a servir «en la Conquista de las Indias» por el año de 1516 (12). En 1518, estando establecido en Cuba, donde tenía repartimiento de indios, el Gobernador Diego Velázquez organizó una expedición, con tres navíos y un bergantín, para ir a la conquista del Yucatán. Alvarado, de quien Velázquez «se hacía mucho caso», fué uno de los capitanes que mandaron esta expedición (13).

El 8 de Abril de 1518 emprendía el futuro Adelantado este viaje, durante el cual hizo «algunas conquistas y descubrimientos» (14).

Comisionado por los expedicionarios para regresar al punto de partida, «con la relación de todo», embarcó en el navío *San Sebastián*, llevando consigo «todo el oro y ropa» que lograron recoger, a más de los soldados españoles enfermos y heridos (15).

El 18 de Noviembre de aquel mismo año salió de Cuba Hernán Cortés, al mando de una armada, en empresa de descubrimiento y conquista (16). En la villa de La Trinidad se le unió D. Pedro con sus cuatro hermanos (17). Proponíase Cortés dirigirse a La Habana «por

(12) Se omite que D. Pedro pasó a la Isla Española en 1510, acompañado de sus hermanos, para residir con su tío D. Diego de Alvarado, establecido en aquella Isla desde 1499. Tampoco se consignan los servicios prestados en la conquista de Cuba, a donde marchó en 1511, a las órdenes de Diego de Velázquez, en la expedición destacada por Diego Colón. En esta conquista se distinguió Alvarado, consiguiendo el grado de Capitán en 1513.

(13) Tan escuetamente se trata el episodio, que ni siquiera se dice que la expedición iba mandada por Grijalva.

(14) El relato no puede ser más lacónico, silenciándose los descubrimientos hechos, las luchas sostenidas con los indígenas y el brillante papel que en todo ello jugó Alvarado.

(15) No se hace mención del alborozo que causó en Cuba el regreso de D. Pedro, ni de los festejos que con tal motivo se hicieron, ni de que Velázquez, al escuchar las buenas noticias traídas, destacó emisarios a España, para pactar con la Corona la conquista de las tierras descubiertas.

(16) Así está consignado en el Memorial, aunque en esta fecha no zarpó Cortés para ir a conquistar—cosa que también se deduce luego del mismo relato—, sino para alejarse de Velázquez, que quería arrebatarle el mando de la expedición, que antes le había confiado.

(17) No se consignan los nombres de estos cuatro hermanos—Gonzalo, Jorge y Gómez, legítimos, y Juan, bastardo—, ni se resalta lo importante que fué para Cortés la lealtad incondicional de Alvarado en estos momentos en que se le quería quitar el mando de la empresa.

la banda del Sur» (18), encomendando a Alvarado avanzar por tierra, con el fin de ir reclutando fuerzas, negocio que entendía muy bien este Capitán de carácter «apacible» y con «gracia en hazer gente de guerra».

Don Pedro cumplió perfectamente su cometido, sirviendo «como valeroso en todo este viaje».

Mandó luego Cortés que Alvarado, en el «buen navío» *San Sebastián*, fuera por la «banda del Norte a la Punta de San Antón» (19), nombrándole, al hacer el acoplamiento de su ejército, Capitán de mar y tierra, con mando en una de las once compañías en que el caudillo dividió su gente.

Comenzaba la gran aventura del descubrimiento y conquista del Imperio Mexicano.

* * *

Fué D. Pedro el primero en llegar a Cozumel y saltar a tierra con algunos soldados, adueñándose fácilmente de un pueblo y de otro lugar que encontró a una legua de distancia (20).

A mediados de Febrero de 1519, después de sufrir la flota una noche de dura tormenta, arribó «a la provincia de Tabasco, por el río de Grixalva». Desde allí destacó Cortés tres compañías a recorrer la tierra, siendo una de ellas la de Alvarado.

En son de guerra recibieron los nativos a los castellanos, teniendo don Pedro que sostener batalla durante «algunos días». Las fuerzas enemigas eran numerosas y atacaban con verdadera «furia», pero los españoles lograron victoria definitiva el Lunes Santo de aquel año 1519, después de dejar en el campo muertos «más de mil indios» (21).

(18) No se debe olvidar que La Habana estaba entonces en el Sur, pues su traslado a Puerto Carena es posterior.

(19) Queda sin aclarar que esta orden de Cortés no fué cumplida, porque el piloto del navío *San Sebastián*, en vez de dirigirse a la Punta de San Antonio, navegó directamente hacia Cozumel.

(20) Se silencia que Cortés, al arribar dos días después a Cozumel, reprendió duramente a Alvarado por adelantarse al resto de la flota.

(21) Se trata así, compendiadísimamente, una serie de luchas y penalidades, silenciándose la ofensiva diplomática desplegada por Cortés para atraer a los indígenas, el avance a Centlá—25 de Marzo—y la victoria aquí lograda, como consecuencia de la cual los indios dieron un tributo de doncellas, entre las que figuraba la célebre doña Marina, que tan importante papel jugó en la conquista. Tampoco se puntualiza el desembarco—21 de Abril, Viernes Santo,—en San Juan de Ulua.

Nombró entonces Cortés «Capitán de las entradas» a D. Pedro de Alvarado, quien, después de fundada «Villarica y aumentándose la necesidad de vituallas en el ejército», hizo una incursión al frente de cien hombres (22), llegando a varios lugares sujetos al dominio de otro más importante poblado «dicho Cotasta, que era de la Lengua de la Culua, o Mexicana». En su afortunado avance, logró apoderarse de grandes cantidades de «Maiz, frisoles y gallinas», regresando al real hispano con tan preciada carga, con la que se remedió la precaria situación alimenticia (23).

* * *

Iniciadas en firme las tareas conquistadoras, D. Pedro participó brillantemente en todas «las batallas y rencuentros con los de la República y Señoría de la gran Tlascal». En estas acciones llevó el mando de la mitad de los infantes, dirigiendo la otra mitad y los jinetes el propio Hernán Cortés.

Si brillante fué el papel de Alvarado en estas luchas, más es aún el que jugó en las gestiones diplomáticas conducentes a asentar paces con la citada República, siendo su persona base y garantía de la alianza pactada, ya que por ello contrajo «matrimonio (24) con doña Luisa Techquiluasín, hija de Xicotencatl el Viejo, Señor de la dicha provincia», y hermana de Xicotencatl el Mozo, Capitán General de ejército tlascalteca.

(22) Queda el memorialista sin aclarar que estos cien soldados se eligieron entre los descontentos que, hartos de sufrir penalidades, querían volver a Cuba, no destacándose la eficaz ayuda que en estos críticos momentos de rebeldía prestó Alvarado a Cortés, pues sin su incondicional apoyo, «probable parece que la expedición regresara a Cuba sin haber obtenido ventajas positivas». (Ángel Altolaquíre: «Don Pedro de Alvarado, conquistador del Reino de Guatemala», pág. 38. Madrid, 1927).

(23) No se hace referencia alguna de la nueva fundación de la Villarica de la Vera Cruz, hecha en mejor paraje, ni del envío de emisarios a España para pactar con la Corona la conquista, ni del tan popularizado hundimiento de las naves por Cortés—16 de Agosto de 1519—, hechos ocurridos antes de partir hacia Tlascal.

(24) El memorialista, descendiente de esta unión, la califica de matrimonio, queriendo así dar calidad de legítima a su bisabuela doña Leonor de Alvarado, única hija de D. Pedro y doña Luisa. Aunque en algún documento se consigna esta legitimidad, es «dudando siempre del casamiento» (José de Rújula y Antonio del Solar: «Los Alvarados en el Nuevo Mundo», «Bol. R. Acad. Hist.», tomo CIX, pág. 324, año 1936). Es indudable que no hubo tal matrimonio y que a D. Pedro le nació doña Leonor «siendo soltero», como afirma Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán: «Historia de Guatemala o Recordación florida», cap. V. Madrid, 1882.

Los de aquella República de «gran gobierno y de gente esforçada, y belicosa», cobraron verdadero afecto al valeroso Alvarado, al que daban el nombre del astro diurno, pues «dezían que era el Sol».

Con la ayuda de los de Tlascala, los españoles podrían conquistar la tierra, en la que de otra forma no hubieran podido «ni sustentarse» (25). Asentada esta amistad, base decisiva en la conquista de Nueva España, los de Cortés tenían abierto el camino de la gran ciudad de México.

2.—En la capital del Imperio Azteca

En 1520, «después que D. Fernando Cortés tuvo preso al Emperador Moctezuma» (26), marchó aquél al encuentro de Pánfilo de Narváez, dejando a D. Pedro de Alvarado por «Superintendente del ejército castellano en México». A su cargo quedó el regio prisionero y la defensa de la ciudad, cumpliendo D. Pedro a la perfección sus cometidos, no sin tener que librar con los indígenas victoriosos y «rezios combates» (27).

De regreso Cortés en la capital (28), las dificultades se acentuaron a causa de la falta de víveres y municiones y de la actitud belicosa de los indígenas. Todo ello hizo que los españoles, tras de sostener duras y múltiples luchas, decidieran retirarse de la ciudad (29).

En esta trágica retirada se dió a Alvarado la misión más difícil,

(25) Todo este pasaje está tratado de forma compendiadísima, sin relatar la dura lucha que los españoles sostuvieron con el ejército de Tlascala, ni la anterior alianza con los indios de Zempoala, ni la interminable serie de embajadas que Moctezuma envió a Cortés, ni la que éste intentó enviar a aquél con el propio Alvarado.

(26) Aquí se omiten en la vieja relación importantísimos episodios, tales como el avance y llegada de los españoles a la ciudad de México—8 de Noviembre de 1519—, la antigua Tenochitlan, capital del Imperio azteca, y la prisión del Tlascatecutli, o Emperador, Moctezuma II, del que se opoderó Cortés con intervención personal de Alvarado.

(27) No se dice que esta lucha fué, en parte, provocada por Alvarado, quien queriendo anticiparse a los rebeldes propósitos de los indios, los atacó cuando celebraban la fiesta de su dios Huitzilopochtli.

(28) El relato no menciona que Cortés regresaba después de haber vencido y aprisionado a Narváez.

(29) De esta manera escueta se consignan los sucesos que condujeron a la célebre «noche triste», sin mencionar la muerte de Moctezuma, ocasionada por sus propios súbditos, al intentar el soberano que depusieran la actitud rebelde contra los de España.

el mando de la retaguardia. Noche terrible de angustias y heroísmos fué aquella, en la cual la figura de D. Pedro cobra relieve apasionante. Cercado de «infinitos Indios», peleó con braveza y bizarría asombrosa, dando muerte a gran cantidad de enemigos. Su ejemplo animaba a los soldados, cuya retirada dirigía solícito. Entre dar órdenes y pelear valeroso, se debatía indomable, atendiendo a que se retirasen sus hombres, cuestión primordial, mientras se cuidaba de «menear las manos».

El suelo y los canales de las calles (30) se habían llenado de cadáveres de indígenas. Una gritería ensordecedora vibraba en las sombras nocturnas. Las «dolorosas voces» de los heridos se mezclaban con los gritos furiosos de los combatientes.

En la desconcertante locura de aquella lucha desesperada, don Pedro se encontró aislado de los principales núcleos españoles. Un canal, del que habían quitado el puente, le cerraba el paso. Las innumerables canoas llenas de indios, que discurrían por el agua, no le dejaban la posibilidad de salvar a nado el obstáculo. Y entonces realizó la tan popularizada hazaña de saltar la acequia de veinticinco pies de anchura, apoyado en su lanza, produciendo con ello tal asombro, que los indios le llamaron «Hijo de Dios». Del suceso quedó perenne memoria: al protagonista de la aventura le dijeron desde entonces «Alvarado del Salto», y al lugar por donde cruzó, «el Salto de Alvarado» (31).

Tras esta proeza, D. Pedro salió con todos los españoles de la ciudad de México, aquella memorable y trágica noche del 10 de Julio de 1520 (32).

* * *

Por el territorio mexicano Alvarado «prosiguió en sus conquistas», hasta que «el segundo día de Pascua del Espíritu Santo año de 1521», Hernán Cortés vino de nuevo a la capital azteca (33). Había dividido

(30) El memorial no advierte que Méjico era una ciudad lacustre, detalle que no debió omitirse, para la mejor comprensión de este y otros pasajes.

(31) Esta hazaña ha sido puesta en duda o negada por casi todos los historiadores.

(32) El memorial pone 10 de Julio; pero, como es sabido, la «noche triste» fué la del 30 de Junio al 1 de Julio de aquel año de 1520.

(33) No se menciona la retirada a Tlascalala, ni la famosa batalla de Otumba, ni los preparativos para el regreso de los españoles a la capital azteca.

el caudillo su ejército en tres grandes unidades, la primera de las cuales puso bajo el mando de D. Pedro, al que dió nombramiento de «Maese de Campo general». Esta hueste contaba con dos piezas artilleras y se componía de treinta jinetes, ciento cincuenta infantes de espada y rodela y dieciocho ballesteros y escopeteros, a más de treinta mil indios trascaltecas.

Alvarado, que por orden de Cortés debía asentar su «campo en Tacuba», partió «de Tezcuco con su ejército» y se dispuso a avanzar por el territorio, donde habría de tener «valerosas suertes, y entradas valientes de día, y de noche». En la primera jornada «fué a dormir a Colman», descansando las dos noches siguientes en «Xilotepec y Tlacopan», lugares que encontró abandonados. En este último punto se vió precisado a «aderezar los malos passos para cavallos, adovando puentes, y tapando acequias», tarea en que invirtió tres días. En tales faenas le sorprendieron fuertes contingentes enemigos, con los que peleó hasta dispersarlos y ganar «ciertas puentes, y albarradas», a costa de varios españoles heridos y muchos indios amigos muertos. Ante el inesperado y duro ataque, D. Pedro acordó hacerse fuerte en el pueblo, aposentándose en la casa del cacique. Allí permaneció una semana, saliendo diariamente a escaramuzar con los aborígenes y a hacer incursiones a los poblados de la sierra, de donde recogía «centli, frutas, y otras provisiones».

Mientras tanto, Cortés había iniciado nueva lucha en la capital, y a ella marchó Alvarado con su hueste.

* * *

Al llegar D. Pedro a México, encontró planteada ruda contienda en las aguas de la gran Laguna, donde los bergantines de los españoles peleaban con las innumerables fustas y canoas de los indios. Sin vacilar, avanzó con los suyos por la calzada (34), adueñándose de varios puentes, poniendo en fuga gran número de enemigos, a los que persiguió «una legua, haziéndolos saltar en la laguna a la otra parte que no avía fustas».

Otro día inició Cortés un avance por la misma calzada, siendo eficazmente apoyado por D. Pedro. Contaba ya éste con tres bergantines, con los cuales impidió el tráfico de agua y vituallas en los barqui-

(34) No se concreta que era la calzada de Tecuba, la misma por la que se retiró la «noche triste».

chuelos indígenas. En aquella lucha, en la que la ciudad se iba ganando palmo a palmo, Alvarado jugó decisivo papel, adelantándose en avanzada, conquistando puentes e infligiendo grandes daños a los nativos. Varios días se mantuvo en su puesto de «gran trabajo y peligro», destacado a un cuarto de legua de sus bases fortificadas.

Lejos de pensar en retroceder, D. Pedro quiso despejar un poco la situación y dispuso «pasar su real a la plaza del Tlatelolco». El primer obstáculo que se oponía a su avance era una acequia de sesenta pasos de ancho, que los indios, queriendo impedir el avance español, «avían alargado, y ahondado dos estados en agua» (35). Tras valerosa lucha, valiéndose de los buques, D. Pedro logró rebasar este primer obstáculo que le separaba de su objetivo. Su tropa le seguía con entusiasmo, «dixiendo que les sería afrenta, si Cortés ni otro alguno ganasse aquella plaça antes que ellos».

Establecido su real en el punto alcanzado, Hernán Cortés vino a ver a D. Pedro, temeroso de que su audacia, que tanto le internaba en la ciudad, resultase dañosa. Vió complacido que el subordinado, previstas todas las contingencias, tenía bien seguro su puesto, por lo que el jefe, lejos de reprenderle, «loole mucho, y platicó con él muchas cosas tocantes a la conclusión del cerco».

Hernán Cortés marchó a sus estancias, después de convenir con Alvarado un fuerte y decidido ataque, que se puso en práctica la víspera del día de Santiago. Con esta valerosa acción, se logró el dominio de las tres cuartas partes de aquella enorme ciudad de México. Cuatro días después, Hernán Cortés avanzaba por una parte, mientras Alvarado iba a combatir «dos torres del Tlatelulco». Fué aquél un duro choque, en el que perdió tres caballos; pero D. Pedro «hizo en fin tanto», que pudo vencer, acampando en la deseada plaza, por la que al día siguiente paseó triunfal a caballo, mientras estaban «los enemigos mirando de las azuteas».

Pocos días más tarde ordenó Cortés a Alvarado que fuese a combatir «un gran barrio de hasta mil casas, y más», empresa en la que el subalterno logró completa victoria, peleando con singular denuedo al frente de españoles y tlascaltecas, contra gente decidida «que desseava la muerte». Las bajas fueron más de «doce mil mexicanos

(35) Según Fray Bernardino de Sahagún («Historia Universal de las cosas de Nueva España», lib. XII, cap. XXXVII, Méjico, 1938), una de las causas principales del retraso en recuperar la ciudad, fueron las acequias, que los españoles cegaban durante el día y los indios volvían a abrir por la noche.

entre muertos y presos», quedando el resto de los indígenas tan arrinconados al perder aquel barrio, «que apenas cabían de pies en las casas que tenían».

Las calles estaban llenas de indios muertos o heridos, no siendo posible pisar «sino en cuerpos». Era, por tanto, momento de intentar el ataque decisivo. Pocos días después, Cortés avanzó hacia los últimos reductos de los enemigos, ordenando a Alvarado que aguardase el disparo de los arcabuces para entrar en acción. Sandoval cooperaba en la batalla con los bergantines. Las piezas artilleras quedaron emplazadas frente al sector que se iba a conquistar, único no dominado todavía por los españoles. Oída la señal de los disparos, D. Pedro atacó bravamente con su tropa, al mismo tiempo que todos los otros grupos se lanzaban a la pelea y los cañones batían los muros de los refugios. La operación se hizo rápidamente, conquistando por completo la ciudad, «sin dexar cosa por tomar». Era el «martes 13 de Agosto de 1521» (36).

3. — Incursiones victoriosas

En los comienzos del año de 1522, tuvo Cortés noticias poco tranquilizadoras de las regiones del Sur, de la «muy rica provincia de Misteca, que todas por la excelencia dellas, se llaman así, y Zapotecas, y otras muchas, y la tierra de Guaxaca, y su hermoso valle». Para «sossegar estos rumores», el jefe español destacó a D. Pedro con treinta caballos, ochenta infantes y «un buen ejército de Indios amigos».

Al avanzar Alvarado, pudo ir comprobando que las guarniciones «Mexicanas, que estaban allí desde en vida de Montezuma», se habían recogido en los «pueblos llamados Peñoles, que son seis, puestos uno tras otro». Contra el primero de estos lugares estratégicos, «llamado Ytzquitepec, que dista seis leguas de la ciudad de Guaxaca, dicha agora Antequera», se dirigió Alvarado, ya que era aquí donde se habían recogido la casi totalidad de las fuerzas rebeldes. Grandes obras defensivas tenían los nativos de esta base, cuyo principal núcleo de construcciones castrenses estaba rodeado por una «cerca de cal y canto, de una legua en torno». Más de mil mistecas, «como forçados

(36) Este día fué apresado Cuahtemoc, sobrino de Moctezuma, último emperador azteca, al que no se nombra en el memorial.

de galeras», tenían allí reunidos los guerreros indios, con la única misión de pasarse las noches gritando, para mantener inquieto al enemigo e impresionarle con este alboroto, que causaba gran efecto a los no acostumbrados «a tal rumor».

Don Pedro puso estrecho cerco a esta posición, logrando impedir el aprovisionamiento de agua de los sitiados. Fué este su gran acierto táctico el que decidió el triunfo, después de ocho días de constantes combates. Los indígenas, diezmados por las tropas españolas y, sobre todo, faltos de elemento tan esencial como el agua, se rindieron, por no poder ya «hazer menos que darse», declarándose de nuevo tributarios del Rey de España.

* * *

En este mismo año de 1522, después de logrado el éxito referido, Hernán Cortés confió a D. Pedro otra importante misión. El «Señor de Tecoantepeque», leal a los españoles, se veía amenazado por las fuerzas del rebelde cacique de «Tututepeque, de la costa del Sur» (37). Alvarado fué en socorro del leal con doscientos infantes, cuarenta caballos «y dos tirillos de bronce».

No sin alguna resistencia, fácilmente vencida por «Guajaca», avanzó D. Pedro hasta «Tututepeque», invirtiendo un mes en el recorrido.

El rebelde Señor de aquella «ciudad grande» quiso fingir amistad, invitando a D. Pedro a que se aposentase en su palacio, «que era magnífico». El valeroso extremeño tuvo aviso de que se le quería quemar durante la noche, excusándose de aceptar la invitación, con pretexto de que el palacio no era buen alojamiento para los caballos.

Jugando astucia frente a astucia, Alvarado se apoderó por sorpresa del jefe indígena y de su hijo, quienes luego obtuvieron la libertad por medio del rescate, con las debidas garantías de sumisión en el futuro.

Pacificada con esto aquella «provincia de Tututepeque», D. Pedro, haciendo una tregua en las tareas de conquista, se dedicó a las de colonización, fundando una villa, a la que llamó Segura, a la cual trajo los vecinos de otro pueblo de igual nombre fundado con anterioridad. A los españoles que quedaban en la nueva villa se les enco-

(37) En éste, como en otros pasajes, se emplean términos imprecisos, tal como «costa de Sur», cuando debería decir «costa del mar del Sur», emplazamiento de Tututepec, cerca del istmo de Tehuantepec.

mendó la vigilancia de aquel territorio y de «las provincias de Coaztlauac, Tazhquianco, y otras».

No bien había regresado D. Pedro a la capital del Imperio azteca, a donde marchó para tratar con Cortés asuntos relativos a su fundada villa de Segura, se vió obligado a regresar al mismo sector. La muerte «del Señor de Tututepeque» provocaba disturbios en sus dominios. Fué preciso restablecer de nuevo el orden, después de varios encuentros victoriosos, en los cuales perecieron «ciertos españoles y Indios amigos». Había rematado la pacificación de las tierras meridionales, «y desde entonces comenzó D. Pedro a abrir camino para las provincias de Soconusco, y Guatemala».

4. — Utlatlan y Guatemala

Después de dominado México por los españoles, «los de Guahutemallan Utlatlan, Chiapa, Xochnuxco, y otros pueblos a la costa del Sur» habían enviado emisarios a Hernán Cortés, haciendo protestas de amistad y vasallaje. Estos teóricos vasallos del Rey de España, prácticamente, eran independientes rebeldes, contra los cuales envió Hernán Cortés a D. Pedro.

No era esta expedición una de tantas incursiones hostilizadoras, sino auténtica conquista de vastos reinos. Por ello, llevó Alvarado consigo un importante ejército compuesto de trescientos españoles, con cien escopetas y cuatro piezas artilleras, ciento setenta caballos «y ciertos señores de México, con alguna gente de guerra, y de servicio».

El 6 de Diciembre de 1523 partía D. Pedro de la capital, al frente de su lucida hueste, en busca de «ricas tierras, y extrañas gentes».

«Fué de Tecoantepec a Xochnuxco, por allanar ciertos pueblos que se avían rebelado.» En este recorrido logró numerosas victorias. Muchos rebeldes fueron vencidos y aprisionados, «dándolos por esclavos, después de averlos muy bien requerido, y aconsejado». Tuvo luego unos encuentros con los de «Zapotullan, que es muy grande y fuerte pueblo», siendo heridos y muertos algunos españoles y caballos e infinitos Indios de ambas partes».

Alvarado fué desde «Zapatullan... a Queçaltenanco en tres días», durante los cuales le fué preciso salvar dos grandes ríos y «un puerto muy agro y alto, que duró cinco leguas». Próximo a su objetivo, encontró «una muger, y un perro sacrificados», lo que los intérpretes

le dijeron ser símbolo de desafío. Pronto vinieron a atacarle grandes contingentes indígenas, a los que hizo frente con decisión y pericia. «Peleó en una barranca con hasta quatro mil enemigos, y más adelante en llano con treinta mil, y a todos los desbarató.»

Don Pedro sostuvo después otro victorioso combate junto a unas fuentes; pero los indios, sin escarmentar con tanto revés, se rehicieron y avanzaron desde la falda de una sierra, «con gran grita, ánimo, y osadía». En esta pelea los nativos mostraban su firme decisión de morir o vencer. A infantes y jinetes españoles atacaban sin miedo, con tal bravura, que «por herir al Cavallero se asían a la cola del cavallo». Pese a este derroche de valor, D. Pedro venció en toda la línea, causando enorme mortandad al enemigo, que fué perseguido en su huída. Entre las víctimas figuraba «un señor de quatro que son en Utlatlan, que venía por Capitán General de aquel ejército» (38). Los de España también sufrieron muchas bajas, entre muertos y heridos, aunque infinitamente menores que las de los indígenas.

Después de este triunfo, Alvarado entró en «Queçantenanco» (39), encontrando la ciudad totalmente evacuada. Allí se estableció con su tropa, haciendo desde esta base frecuentes correrías por la tierra.

Pese a las victorias conseguidas, la resistencia enemiga no estaba totalmente quebrantada. El sexto día de haberse posesionado de la ciudad, un nuevo y poderoso ejército indígena vino «muy en concierto» a combatir a los españoles.

Don Pedro ordenó su gente para resistir. Comprendiendo el peligro que sobrevendría si se dejaba cercar en el poblado, salió a «un llano muy grande a un tiro de arcabuz del Real» (40). Iba al frente de noventa jinetes, doscientos infantes y «un buen escuadrón de indios amigos». El choque de los dos ejércitos fué terrible, sangriento. El heroico paladín español, cosechando nuevos laureles bélicos, quedó victorioso. Los jinetes de España persiguieron al enemigo en un trayecto de más de dos leguas; pero la más eficaz actuación en esta

(38) El príncipe Ahzumanché, que era quien mandaba el poderoso ejército de los indios Quinchés.

(39) Las descripciones topográficas son escasas en el memorial. Así vemos que no se dice nada de la región de 1.500 metros de altitud, dominada por esta ciudad, que se llamó primero Tzakaha y luego denominaron los indios de lengua mejicana Quetzaltenange, nombre que conserva.

(40) Salió al llano de Pachah, donde Alvarado libró esta batalla, uno de sus más famosos triunfos.

jornada la llevaron los infantes, que hicieron «increyble matanza» en los indios, al cruzar éstos un arroyo (41).

Cabía esperar que tan rudo golpe despejara totalmente la situación. Así fué, en apariencia. Sólo en apariencia, ya que los jefes indígenas, que se habían refugiado en un monte, enviaron embajadores con proposiciones de paz, invitando a D. Pedro a ir a Utlatlan, donde todos se mostraban dispuestos a presentarse y rendirle acatamiento. Paralelamente a estas tretas diplomáticas, los cabecillas rebeldes hicieron recluta de gente entre todas las tribus, con propósito de vencer a traición a Alvarado, al que no eran capaces de derrotar en lucha abierta.

Se deseaba que el jefe español fuese a Utlatlan, lugar «fuerte en demasía», con el fin de convertir la ciudad en gran horno donde ardieran todos los de España y sus aliados. La ciudad reunía condiciones admirables para realizar este siniestro designio. De «calles angostas», con «las casas espesas», dos únicas puertas daban acceso a aquel recinto. Para llegar a una de ellas era preciso subir treinta escalones; a la otra iba una calzada, que previamente había sido destruída por varios puntos, con objeto de impedir el pasó de los caballos.

Ninguna sospecha concibió Alvarado de la traición, encaminándose con su ejército a Utlatlan. Ya estaba dentro cuando se dió cuenta de la «ruindad», viendo el destrozo de la calzada y la disposición estratégica del pueblo. Dispuso entonces acampar fuera del recinto, en el que habían entrado gran parte de las tropas, recibiendo algún daño en la operación de retroceso. Sin embargo, deseoso de asentar paces disimuló su ira, iniciando negociaciones, «con buenas palabras y con dádivas».

A pesar de la actitud conciliadora del jefe español, la guerra seguía en marcha. Don Pedro supo evitar el que murieran abrasados, pero no pudo impedir que los fuertes contingentes enemigos los cercasen. En pequeñas diarias escaramuzas procuraba deshacer la fuerte presión enemiga y aprovisionarse de leña y hierba para los caballos. Las «muchas y hondas barrancas» no permitían correr la tierra en incursiones más amplias de rechace y hostilización. Era imposible incendiar «los panes, y huertas», cosa que hubiera quebrantado duramente la potencialidad económica del enemigo.

(41) No se consigna el nombre del caudillo enemigo, el valeroso Tecum Human, muerto en la batalla, del que una leyenda india cuenta que se convierte en águila.

Ante esta situación apurada, quiso Alvarado jugar el resorte de un escarmiento y quemó a los señores indígenas que tenía prisioneros, publicando que daría fuego a la ciudad si no deponían su actitud levantisca. Con esto, y con la ayuda de cuatro mil indios que le enviaron sus aliados los «de Quahutemallan», D. Pedro completó la dominación de aquellas provincias, deshaciendo el ejército enemigo y lanzando a los vencidos rebeldes «fuera de su propia tierra».

Los principales de la ciudad vinieron luego a prestar juramento de lealtad ante el vencedor, culpando de la rebelión a los señores que los españoles habían quemado. Don Pedro se conformó con tales manifestaciones, y, deseoso de poner fin a tantas luchas, puso en libertad a dos hijos de los caciques ejecutados, devolviéndoles sus bienes y autoridad en los feudos de sus padres. Después de esto, «se pobló Utlatlan como primero estaba».

Las victorias proporcionaba al vencedor gran número de indios prisioneros, que fueron vendidos como esclavos, cobrando el quinto correspondiente al Rey «el tesorero de aquel viage, Baltasar de Mendoza».

La campaña había sido fuerte, complicándola la escasez de herraduras para los caballos, pues llegó a pagarse la docena de ellas a ciento noventa castellanos.

Aquellas tierras, en las que Alvarado había vencido, eran ricas, «de mucha gente y grandes pueblos», con «sierras de alumbre, y de un licor que parece azeyte». En los cráteres de los volcanes abundaba el azufre de calidad inmejorable, con el cual los arcabuceros, sin necesidad de refinarlo «ni otra mezcla», fabricaron muy buena pólvora.

Un nuevo reino, con perspectivas maravillosas, se iba incorporando a la Corona de España.

* * *

A principios de Abril de 1524, Alvarado había concluido su campaña de Utlatlan y se encaminó a «Quahutemallan, donde fué recibido muy bien y hospedado». A siete leguas de esta ciudad estaba otra muy populosa, a «orilla de una laguna» (42), cuyos habitantes hacían la guerra a los de las regiones sometidas al dominio español. Don Pedro destacó dos emisarios indios para «rogarles que no hiziessen

(42) Se refiere a la ciudad de Atitlan y al lago de este nombre, llamado también Panajachel.

mal a sus vecinos» y requerirles obediencia a la soberanía española. Lejos de atender las conciliadoras propuestas, los de la laguna decidieron desafiar la ira de los de España. Confiando en «la fuerza del agua, y multitud de canoas que tenían», asesinaron a los embajadores, «sin temor ni vergüenza».

A toda prisa avanzó D. Pedro contra los crueles y orgullosos indígenas, llevando ciento cincuenta infantes, sesenta jinetes y «muchos indios de Quahutemallan». A su llegada, todavía intentó buscar arreglo por vía pacífica; pero los lacustres «no le quisieron recibir ni aun hablar». Avanzó entonces por la ribera, hacia «a un Peñol poblado dentro de agua». Un escuadrón enemigo fué deshecho, y Alvarado, después de perseguir a los indios «por una estrecha calçada, donde no se podía ir a caballo», ganó el peñol. No tardaron en atacarle más fuerzas indígenas, que también fueron batidas. Los que no perecieron en el encuentro, buscaron la salvación tirándose al agua para ganar a nado una isleta.

No le interesaba a D. Pedro permanecer en el fuerte conquistado. Por ello, después de saquearlo, acordó pasar su gente a un «llano lleno de mayzales», donde plantó su real aquella noche. Al siguiente día entraba en el pueblo sin resistencia, pues los indios huyeron al perder el peñol, fundamental base estratégica defensiva.

Alvarado corrió la tierra, haciendo algunos prisioneros. Más tarde envió emisarios, ofreciendo la paz a los indómitos vencidos. No había razón para que éstos, ante tal derroche de bravura y magnanimidad, se negaran a la amistosa propuesta, y «respondieron que su tierra jamás había sido sujeta hasta entonces por armas; pero que pues, que tan valientemente lo avía hecho, que querían ser sus amigos». Todos los principales señores de la ciudad vinieron a ver a D. Pedro «y le tocaron las manos» en señal de sumisión.

* * *

Dominada esta tierra, Alvarado «se volvió a Guatimala, adonde acudieron todos los pueblos de aquella laguna con presentes dentro de tres días, pidiendo paz». A esta corriente pacifista se sumaron otros muchos lugares de la costa del Sur, que venían a someterse al valeroso extremeño «por amor suyo».

Sólo en «la provincia de Yzquintepec» quedaba rebelión, y contra ella marchó D. Pedro con todo su ejército. Tres noches «durmió en

campana», llegando a aquel territorio por estrechas sendas, entre espeso bosque, en avance tan rápido y secreto, «que no fué sentido». La lluvia pertinaz había congregado en sus casas a los habitantes de la ciudad (43). Esto facilitó la empresa, ya que pudo asaltar a los indios sin darle tiempo para reunirse y armarse. La mayor parte de los enemigos se dieron a la fuga, quedando solamente un grupo que se hizo fuerte en «ciertas casas». Estos más decididos indígenas hirieron algunos españoles e indios auxiliares; pero Alvarado ordenó prender fuego al lugar, amenazando a los rebeldes con incendiar también las cosechas si no deponían su actitud, consiguiendo con esto que se rindieran y viniesen a acatarle, con su cacique a la cabeza.

Ocho días se detuvo D. Pedro en aquel pueblo, al cual vinieron a prestarle vasallaje durante este tiempo muchos indígenas de los lugares comarcanos.

* * *

Desde «Yzquintepéc pasó D. Pedro de Alvarado en demanda de Coatipar o Cuetipar (44), que es tierra de lengua diferente (45), y de allí a Taxixco, y luego a Necendelan». En este último punto se detuvo ocho días, destacando a su hermano Jorge de Alvarado con cuarenta de a caballo, a fin de recuperar lo que los indios le robaron en un asalto a la retaguardia durante estos recorridos. La pérdida era de importancia, pues los indígenas le habían tomado «el hilo para las ballestas, y alpargates, y el herrage para los caballos». Pese a su mucha diligencia, Jorge no pudo recuperar lo perdido. Las gestiones amistosas conducentes a traer a paces a los aborígenes fracasaron también.

Púsose otra vez en camino D. Pedro con su ejército, dirigiéndose a «Pazuco, llamado de los naturales», que le brindaban leal amistad. Iba, pues, convencido de encontrar paz; pero le esperaba tan sólo una traición. Ya en el camino empezó a darse cuenta de ello, al ver, según avanzaba, «flechas y puas hincadas en el suelo». A la entrada del

(43) No se menciona el nombre de esta ciudad, que era la de Escuintlan.

(44) Aunque ya advertimos que los nombres geográficos los consignamos como están en el memorial, siendo innecesario concretar su verdadera denominación, fácilmente deducible, nos parece oportuno recordar que ninguno de los dos que se le asignan es el exacto de esta ciudad de Atilpar.

(45) Lengua xinca,

pueblo encontró «ciertos hombres que hacían quartos a un perro». Lo uno y lo otro eran señales de guerra.

Alvarado se percibió para hacer frente a la situación. Pronto vinieron contra él contingentes armados, que no tardó en deshacer. Tampoco le fué difícil desalojar del pueblo a los enemigos y perseguirlos, causándole muchas bajas. Después de estos triunfos «fué a Mopicalanco (46), y de allí a Cayacatl, a donde bate la mar del sur». En este avance encontró un poderoso ejército indígena, al que no quiso atacar, deseoso de ir consiguiendo pacíficamente la ocupación del territorio; pero no bien habían cruzado los españoles por las inmediaciones, cuando los indígenas atacaron la retaguardia furiosamente, llegando a asirse «de los estribos y colas de los cavallos». Viró don Pedro con su tropa, compuesta por doscientos cincuenta infantes, cien jinetes y seis mil indios amigos, trabándose duro combate, victorioso para los de España. Fué mucha parte en el logro del triunfo el peso de las armas de los indios, ya que «ni podían huir con ellas ni levantarse en cayendo». Murieron en el encuentro infinidad de ellos; de los españoles resultaron algunos pocos heridos, siendo de lamentar que entre éstos figurase el propio Alvarado, al que alcanzó una flecha en la pierna izquierda, causándole profunda herida. Aunque curó de ella, quedó ya cojo para toda su vida, por quedarle la pierna «más corta que la otra quatro dedos».

Después del encuentro, tuvo D. Pedro nueva pelea y nueva victoria contra otro ejército «mayor y más peligroso».

En sucesivos avances alcanzó la hueste hispana los lugares de «Mahuatlan, y Athlechuan». A este último punto vinieron «a dársele de Guitlachan, pero con engaños». Con estos indios desplegó Alvarado su astucia y diplomacia, deseoso de evitar nueva lucha, fracasando en su intento, porque, como consideraban que los de España eran pocos, habían decidido asesinarlos a todos. Durante veinte días se vió forzado a enfrentarse con los enemigos, perdiendo once caballos en estos encuentros. En represalia acordó vender como esclavos a los prisioneros cogidos, para comprar otras cabalgaduras con el importe de esta venta.

* * *

No pacificada del todo aquella tierra, D. Pedro se encaminó a

(46) Para llegar a Mopicalco, en el país de los Pipiles, D. Pedro había cruzado el río Paxa, hoy divisoria entre Guatemala y El Salvador.

Guatemala. En el recorrido de «cuatrocientas leguas de trecho», libró combates, pacificó provincias y sufrió hambre y trabajos, teniendo que cruzar caudalosos ríos, «algunos tan calientes, que no se dexaban vadear».

El infatigable paladín extremeño no estaba dispuesto a «conceder ocio al valor que en aquellas partes avía mostrado». Entre luchas y descubrimientos discurría su agitada existencia. Para resaltarlo más, el memorialista recuerda al final de este pasaje que, durante el período en que fué «enviado por Hernán Cortés a Ternate», hizo el descubrimiento de «las Islas de los Papuas» y de las «llamadas Gelles en un grado de la vanda del Norte Leste, o Este, con la de Ternate, ciento y veinte y cinco leguas de la del Moro». También aquí tuvo victoriosos encuentros con los poderosos reyes de las islas.

Otro de los descubrimientos de D. Pedro fué el del «río Papaloapan, en que él entró el primero con un navío suyo, aguardándole los demás navíos, que por esto desde entonces le llaman Río de Alvarado» (47).

* * *

A fines del año de 1523, D. Pedro se dispuso para regresar a Guatemala con título de Teniente de Gobernador y Capitán General, conferidos por Hernán Cortés, en premio a los servicios que le prestó durante cinco años y porque ya deseaba «alexarle de sí» y gobernar sólo en México. Alvarado partió de la capital, llevando a sus órdenes «lo más calificado y noble de todos los castellanos que allí se hallaron».

Por tierras guatemaltecas corrió el heroico paladín con su ejército «como un rayo», sujetando por las armas la mayor parte del territorio. Facilitó sus tareas el que muchos nativos viniesen a sometérsele voluntariamente, asustados por el duro castigo «que hizo en Soco-

(47) Bueno será recordar que el descubrimiento del río de Alvarado ocurrió en 1518, cuando D. Pedro iba en la expedición de Grijalva. Estos pasajes, como fácilmente se ha podido advertir, están tratados de forma inconexa, mezclándose intervenciones y descubrimientos, sin puntualización cronológica ni justo encaje. Seguidamente habla el memorial, según se verá, de que Alvarado parte de Méjico camino de Guatemala, sin que antes se haga mención de la venida y estancia en tal ciudad, ya que últimamente se le dejó en Guatemala, tras lo que el memorialista coloca el inadecuado inciso de los descubrimientos. Todos estos pasajes los puntualizan: el descubrimiento de islas, Argensola: *Op. cit.*, lib. II, págs. 64 y 71; el del río, Herrera: *Op. cit.*, déc. II, lib. III, cap. IX, y Gómara: *Op. cit.*, cap. XII; la salida de Méjico, Remesal: *Op. cit.*, lib. I, cap. I, número 9.

nusco», del que años después quedaba patente testimonio «en las ruinas que se muestran a la entrada desta provincia en la parte que se llama el Sacrificadero, cerca de Tonalá, en donde son agora las estancias del Capitán Miguel de Ortega».

Otros escarmientos que habían contribuído a la sumisión de la tierra eran «las muertes de los Reyes del Quiché y Zacapula, no olvidadas del día de oy del Cacique don Antonio su nieto».

En el mes de Julio de 1524, Alvarado llegó con su gente al hermoso valle «que los naturales llaman Panchoy». Era un lugar ameno, con frescas arboledas y apacibles arroyos, cercado de montañas. El guerrero quiso entonces ser colonizador y decidió fundar una ciudad, aguardando para realizar su propósito hasta el lunes 25 del mismo mes, fiesta del Apóstol Santiago.

Al amanecer aquel día memorable en la historia de Guatemala, Alvarado y los suyos vistieron sus mejores galas y «se armaron todos, y pusieron en forma de ejército, que marcha a pelear con sus enemigos a son de tambores y pifanos, y al ruído de los arcabuzes y mosquetes».

Era un día claro y sereno. A la luz del sol, resplandecía la húmeda y verde campiña, llena de perfumes y vuelos de pájaros multicolores. Las cumbres volcánicas elevaban sus altivos picachos. Sobre destellos de arneses, tremolaban las plumas de los cascos en el aire matinal. «Loçaneábanse los caballos enjaeçados, y encubertados con jireles de oro y seda». Los conquistadores lucían joyas y adornos, mientras iban contentos «a oír Misa oficiada por ellos mismos» (48).

Terminado el Santo Sacrificio, todos los de España lanzaron su secular grito de triunfo: ¡Santiago! ¡Santiago! El caudillo de la tropa, don Pedro de Alvarado, fundó entonces la nueva ciudad, a la que puso el nombre del Santo Apóstol. A él fué también dedicada la iglesia que se alzó. El valeroso Capitán rendía así el tributo de su devoción a Santiago, como «hijo, nieto, y biznieto de cavalleros de su Abito».

Aquel mismo día D. Pedro celebró Cabildo, nombrando alcaldes, regidores y oficiales para la nueva ciudad, en virtud de poderes del Rey.

Por la tarde, y durante los tres días siguientes, el acontecimiento se solemnizó con «grandes fiestas y regocijos militares».

En el Cabildo presidido por Alvarado el 12 de Agosto completó el nombre de la naciente metrópoli, que fué denominada Santiago de los Caballeros.

(48) La misa la dijo el Padre Godínez.

Pacíficas tareas colonizadoras absorbieron por algún tiempo la atención de D. Pedro. La organización política, el trazado de las calles, la construcción de las casas, todo, en fin, cuanto afectaba al «bien y utilidad pública», fué vigilado y dirigido cuidadosamente por el Conquistador.

El 12 de Diciembre, desplegando dotes de economista, estableció tasa y arancel, viendo que «los oficiales de todo género de obras las encarecieron con exceso». Previsoramente, acordó que de dos en dos años se hiciese nueva fijación de los precios que habían de regir.

Mientras las constructivas tareas de gobernante ocupaban por completo su tiempo, Alvarado destacó «a don Pedro Puertocarrero con gente de guerra Castellanos, e Indios a pacificar la provincia de Chiapa». El destacado cumplió su misión dentro de aquel año 1524, llegando en su avance hasta «Comillan y otros pueblos».

Dos años se detuvo D. Pedro de Alvarado por aquellas tierras, completando su pacificación y descubriendo minas. A impulso suyo, había nacido una ciudad e iba surgiendo una gran provincia organizada, industriosa y agrícola.

5.—El Adelantado

En 1526 Carlos V, noticioso de los triunfos de Hernán Cortés, le hizo Adelantado del Imperio Azteca, denominado Nueva España. Al mismo tiempo, le concedió el Hábito de Santiago y título de Don.

Deseoso el César de expresar su gratitud a los principales artífices de aquella conquista, escribió afectuosas cartas a los más distinguidos capitanes, siendo Alvarado «el primero» a quien se dispensó tal honor.

Era ya momento propicio de consolidar su situación. Por ello, don Pedro marchó a Méjico dispuesto a pasar a España, para ver al Emperador, del que esperaba «aventajada gratificación de sus muchos servicios». El 26 de Agosto de 1526, antes de partir de Guatemala, nombró Teniente de Gobernador y Capitán General a su hermano Jorge de Alvarado (49).

La llegada del valiente guerrero a la capital azteca, fué un verdadero acontecimiento. Por «casas, calles, y plaças» no se hablaba más que «de las proezas, y hazañas del Capitán don Pedro de Alvarado»,

(49) Así lo dice el memorial; pero, en realidad, hizo la designación Hernán Cortés, que era el único que entonces tenía poder para ello.

de las tierras y riquezas ganadas, de su valentía y, «sobre todo, de la ciudad que fundó entre dos volcanes de elementos tan contrarios como fuego y agua».

El heroico extremeño y el «gran acompañamiento de Españoles, e Indios» que vino con él, acapararon por algún tiempo la atención de los habitantes de México.

En sus victoriosas empresas, D. Pedro sólo había advertido una deficiencia: la «falta de predicación Evangélica». Para subsanar esto en el futuro, se puso al habla con los Padres de la Orden de Santo Domingo que estaban en México, a fin de que alguno fuera a predicar a Guatemala.

Ultimados todos sus preparativos, D. Pedro partió para España en el mes de Febrero de 1527.

* * *

Conocido en la Corte el arribo de Alvarado a Sevilla, «se holgó mucho de su venida», ordenándosele ir sin demora a presencia de Su Majestad (50). Era «el último que había venido de Nueva España».

Su llegada coincidió con momentos de intrigas políticas, que trataban de entorpecer la resolución de los asuntos del insigne Hernán Cortés. Los negocios de éste estaban en «muy peligroso estado». Carlos V quería informarse de persona como D. Pedro, que tan destacado papel jugó en la conquista mexicana. Alvarado, haciendo honor a su amor y lealtad al glorioso caudillo, informó en todo de manera favorable, y desde entonces «los negocios de don Hernandó Cortés fueron tomando mejor camino».

Alvarado «besó a su Majestad la mano en Aranjuez en una de las calles de los jardines», siendo recibido con todo el cariño que merecía «su mucho nombre» y las «noticias de sus grandes servicios». El Emperador le hizo merced del Hábito de Santiago y le confirmó los repartimientos de indios que ya gozaba. Finalmente, como galardón adecuado a sus méritos, por Cédula firmada en Burgos el 18 de Diciembre de aquel año, lo nombró Gobernador y Capitán General de Guatemala y sus provincias, con un salario de quinientos sesenta y

(50) Se omite en el relato que, al llegar a España, la Casa de Contratación de Sevilla embargó los bienes de Alvarado, quien pudo seguir hasta la Corte a fuerza de dádivas y por haberse ganado el favor de Francisco de los Cobos, Secretario del Consejo de Indias.

dos mil quinientos maravedís anuales. El título de Adelantado completaba las mercedes. Su autoridad, en el futuro, sería propia e independiente de la de su jefe y paisano Hernán Cortés.

El flamante Adelantado recibió especial encargo de enviar, tan pronto llegase a su gobernación, «una armada por el mar del Sur a descubrir las islas de la especería». Su Majestad tenía verdadero interés en este descubrimiento, esperando que, por la escasa distancia entre los dos mares—Pacífico y Atlántico—, «sería fácil el comercio».

* * *

El 26 de Mayo de 1528 el Adelantado y Gobernador de Guatemala presentó sus Reales Despachos en la Casa de la Contratación de Sevilla, para pasar de nuevo a las Indias (51).

Sin ninguna dificultad, D. Pedro embarcó, llevando en su compañía muchos caballeros deudos y amigos suyos, «toda gente noble y principal, a quien prometió muchas comodidades en su gobernación». Le acompañaban también veinticinco religiosos dominicos (52).

Después de sufrir «grandes tormentas» durante la travesía, Alvarado arribó con su flota «al Puerto de la Veracruz», en el mes de Octubre de aquel año, marchando seguidamente a México, donde trató «con el Padre fr. Domingo de Betanços» de la fundación de convento de Dominicos en Guatemala, para lo cual fué a estas tierras el referido religioso a principios del año 1529 (53).

Aún retrasó el Adelantado su viaje por algún tiempo, llegando, por fin, a su ciudad de Santiago de los Caballeros (54) a principios de

(51) El memorialista, a quien interesa no mencionar más unión de Alvarado que la que califica de matrimonio con la hija de Xicotencatl, calla que durante su estancia en España contrajo D. Pedro sus primeras nupcias, casando con doña Francisca de la Cueva y Benavide, dama de la Emperatriz, de la familia del Duque de Alburquerque, la cual acompañó a su esposo en el viaje, falleciendo poco después de arribar a las Indias.

(52) También iba con Alvarado el clérigo D. Francisco Marroquín, luego primer Obispo de Guatemala.

(53) Por errata, el memorial pone 1589. No se hace en el relato mención de los contratiempos sufridos por Alvarado en Méjico, donde los enemigos de Cortés, que estaba en España, le embargaron hasta la mula en que fué a la Audiencia, encerrándolo en una prisión, de la que salió al tener noticia sus perseguidores del regreso del citado caudillo, antes de que se ordenase su libertad por Real Cédula de 5 de Abril de 1530.

(54) Esta ciudad, asentada primeramente en Ixinchéz, la trasladó Jorge de Alvarado al Valle de Almolonga.

Abril de 1530. El día 11 de este mes, D. Pedro presentó sus Despachos al Cabildo y, después de prestar juramento poniendo la mano sobre la roja venera santiaguista que traía en el pecho, fué admitido como Gobernador y Capitán General de Guatemala y sus provincias, en propiedad e «inmediato al Emperador» (55).

Grandes festejos y regocijos populares solemnizaron la llegada del Adelantado a su gobernación. Todos le recibieron con alborozo, esmerándose «en mostrar el contento que tenían de verle volver con salud». A pesar de estas manifestaciones públicas de acatamiento, no tardó D. Pedro en advertir cierta inquietud, provocada por la rebeldía encubierta de algunos regidores designados durante su ausencia. Decidido a cortar el mal de raíz, sustituyó a los posibles sediciosos, nombrando regidores de su confianza. Afirmada así su omnímoda autoridad, el Adelantado decidió fundar otro pueblo hacia el Norte. A tal fin, destacó, poco después de la Pascua de Resurrección de aquel año, noventa hombres de Nicaragua y ochenta que trajo de México, bajo el mando de su hermano Diego de Alvarado, «persona de experiencia de guerra». La nueva ciudad, a la que se «llamó San Jorge», fué fundada «en la provincia de Tukultran».

Otra expedición, compuesta de ciento veintiséis soldados, a las órdenes del Capitán Luis de Moscoso, destacó D. Pedro más allá del «río de Lempa», para descubrir y pacificar otra provincia no descubierta aún. El éxito de la empresa fué completo, pues Moscoso, «por la blandura de su condición», consiguió atraerse de paz a los indígenas, logrando también descubrir «buenas minas» (56). Don Pedro le ordenó poblar una villa, para la cual le envió, nombrados, alcaldes y regidores.

Preocupaba al Adelantado de manera especial el compromiso adquirido con el Emperador de «hazer grandes descubrimientos en la mar del Sur». Para iniciar el cumplimiento de esta promesa, dispuso que se explorase la costa, hasta hallar un buen puerto donde pudieran ser construídos los navíos. El puerto fué encontrado a «quinze leguas» de la ciudad de Santiago, comenzando la corta de árboles, muy abundantes en aquellos parajes, y el labrado de la madera.

* * *

(55) El viejo relato no recoge los nombres de Ordóñez y de Carrillo, que gobernaron en ausencia de Alvarado, ni alude a la lucha sostenida durante este período contra Martín de Estete.

(56) En este viaje fundó Moscoso la ciudad de San Miguel.

El guerrero, convertido en gobernante, atendía solícito a la estructuración de su colonia. Deseoso de dar rango y prestancia a su metrópoli, pidió a Carlos V y al Consejo de Indias que fuese elevada a Catedral la iglesia de Santiago de los Caballeros, proponiendo para Obispo de la planeada diócesis al entonces Párroco, Licenciado Francisco Marroquín. Don Pedro logró que el éxito coronase sus propósitos, pues a fines del año 1533 el Emperador nombraba Prelado a Marroquín, para el que Su Majestad despachó las Bulas el 18 de Diciembre de 1534. Este primer Obispo de Guatemala «fué Santo Varón, y su elección muy importante para la predicación y enseñanza de la santa Fe Católica en aquellas provincias».

6.—La aventura peruana

Algo vino por entonces a desviar al Adelantado de sus propósitos de descubrir islas en el mar del Sur. Las noticias deslumbrantes de las fabulosas riquezas encontradas por Francisco Pizarro en el Perú habían iniciado una corriente emigratoria hacia el país del oro. De todas las Indias salían hombres, deseosos de alistarse bajo las banderas de Pizarro. «Don Pedro de Alvarado, famoso entre los más famosos..., no contento con las hazañas que en la conquista del Imperio de México, Utlatlan, y Guatemayan avía hecho, quiso también emprender la del Perú» (57). Después de conseguir que el Emperador le diese «licencia para que tantas leguas fuera de la jurisdicción y gobierno de don Francisco Pizarro pudiese conquistar, y poblar, y ser gobernador de lo que ganase», comenzó la recluta de gente. Caballeros principales de toda España vinieron a engrosar sus filas; pero el núcleo escogido e importante, como en todas las empresas indianas, lo dió Extremadura. En la hueste de Alvarado, «los más fueron Extremeños, porque don Pedro era natural de Vadajoz».

En aquel puerto, a quince leguas de Santiago, en el que ya se

(57) Aunque, reflejando lo consignado por el memorialista, presentaremos esta actuación como uno de los grandes servicios de Alvarado, nos parece oportuno recordar que, si bien es verdad que D. Pedro derrochó heroísmo en la aventura peruana, este episodio es el menos airoso de su brillante historia. El propio Herrera (op. cit., déc. VI, lib. I, cap. X), en quien con frecuencia busca inspiración el autor del memorial, dice que el Rey «estaba indignado por la jornada que hizo al Perú, contra el Asiento que había hecho de descubrir lo que por otro ninguno estuviese descubierto».

había comenzado a construir barcos, se intensificó ahora la fabricación, con el fin de «poner a punto su armada», asunto para el que dió «la Audiencia de México mucha asistencia». El Adelantado hizo que fuese un buque a Panamá «por cosas que avía menester».

Nuevas noticias llegadas del Perú afirmaron a D. Pedro en su propósito de ir a aquellas ricas tierras, pues «como era de ánimo orgulloso y levantado, y deseoso de cosas grandes, decía, que aquella gobernación de Guatemala y sus provincias era poco para él». Por seguridad de su tierra, D. Pedro pensaba llevar en su compañía a los caciques guatemaltecos cogidos prisioneros con este objeto.

Antes de partir, escribió a Carlos V, comunicándole que su propósito era ayudar a Pizarro, quien «tenía poca posibilidad de llevar adelante su conquista».

Su hueste iba en aumento. Ocho navíos, proveídos «de todo lo necesario», estaban dispuestos para zarpar. La llegada de García Holguín, que el Adelantado envió con dos barcos a recoger informes en la costa del Perú, decidió la marcha, pues que las noticias que éste trajo confirmaban todas las alabanzas llegadas anteriormente.

* * *

Por el «mar del Sur adelante», avanzó Alvarado con su flota (58). En Nicaragua «una noche, tomó dos navíos (59), con que hizo diez velas», siguiendo luego al puerto de la «Posesión, y llevó consigo al Piloto Juan Fernández que le informó que la provincia de Quito no estaba ocupada por don Francisco Pizarro, ni caía en su distrito». Tal noticia avivaba en el Adelantado el deseo de llegar al Perú. Sin detenerse ya más, dió la orden de partida, y su escuadra se hizo a la vela, rumbo al Sur (60).

Treinta días de navegación invirtieron hasta «reconocer el cabo de S. Francisco, en un grado de la Equinocial a la parte del Norte».

(58) Había zarpado en el puerto de Izpata.

(59) De esta manera rápida y vaga, se consigna el hecho de apropiarse dos navíos que estaban dispuestos para ir al Perú en socorro de Pizarro.

(60) Todo este viaje está trazado escuetamente, sin consignar fecha de partida—23 de Enero de 1534—, ni que antes de llegar a la posesión, en Fonseca, se hundieron dos navíos, los cuales se reemplazaron por otros cuatro comprados en Nicaragua. Tampoco dice el memorial que en la posesión fué donde recibió D. Pedro las capitulaciones firmadas en Medina del Campo el 5 de Agosto de 1532, por las cuales se le autorizaba para descubrir y conquistar tierras no adjudicadas ya a otro.

Quería D. Pedro seguir avanzando, siempre hacia Sur, «a la otra parte de Chíncha, a donde se acababan los límites de la gobernación de don Francisco Pizarro» (61). Las fuertes corrientes no dejaban realizar este propósito, «por lo qual uvieron de sacar los cavallos en la Vaía de los Caragues, porque se morían». El Adelantado habló allí a su ejército, diciéndoles «que por el acrecentamiento de la Corona de Castilla, y el dellos avía gastado tanto, y emprendido aquella jornada, y que assí les encargava la concordia y fedelidad, como dellos lo esperava».

Nombró entonces «Maesse de Campo a Diego de Alvarado su hermano». Para capitanes de la caballería designó a su otro hermano Gómez de Alvarado, a Luis de Moscoso y a don Alonso Enríquez de Guzmán. Al frente de los infantes puso a Benavides y a Mateo de Lezcano. El cargo de Alférez General fué encomendado a Francisco Calderón; el de «Capitán de la Guarda», a Rodrigo de Chaves. Justicia Mayor y Alguacil Mayor fueron elegidos, respectivamente, el Licenciado Caldera y Juan de Saavedra.

Hechos estos nombramientos, el Adelantado acordó que los navíos fuesen a Puerto Viejo, mientras el ejército avanzaba por tierra. Don Pedro fué «con algunos caballos a Manta», poblado donde encontró «mucha riqueza, cuyo señor tenía una grande esmeralda que los naturales adoravan, aunque nunca pareció, ni la mina dellas que ay en aquella tierra».

Alvarado dió orden al piloto Juan Fernández de bordear la costa hacia el Sur, hasta pasar los límites de la gobernación de Francisco Pizarro, encargándole que dejara señales en cuantos puertos descubriera y tomase posesión de todos «por auto, y testimonio de escrivano», regresando luego a dar cuenta de sus descubrimientos. Otros navíos partieron para Nicaragua y Panamá, con el fin de traer más gente.

* * *

Puesto en marcha con su ejército, «en dos jornadas llegó el Adelantado a un lugar de Ramadas, a donde sintieron alguna necesidad de agua». Desde allí «pasaron a la provincia de Xipixapa», ocupando un pueblo «que tomaron descuydado y le llamaron del Oro, por el

(61) Esta afirmación es contradictoria con el propósito anteriormente apuntado sobre la conquista de Quito, que está al Norte del Perú, y que, indudablemente, era el objetivo de la empresa.

mucho que hayaron». Las riquezas entrevistadas en sueños, a través de exaltados relatos, empezaban a convertirse en realidad. Allí había no solamente oro en abundancia, sino también «plata, y esmeraldas grandes, finas, y ricas, que por no conocerlas, no las estimavan». Entre los magníficos objetos encontrados sobresalían las «armas de planchas de oro para armar cuatro hombres, claveteadas con clavos de oro, y con laonas de cuatro dedos de ancho y los morriones con muchas esmeraldas».

Continuando el avance, D. Pedro llegó al lugar que llamaron de Las Golondrinas, donde un serio contratiempo obstaculizó sobre manera la empresa, ya que los guías desaparecieron, viéndose forzados los españoles, desconocedores de la tierra, a seguir avanzando a la ventura, sin una orientación concreta. Ante la apurada situación que esto creaba, el Adelantado destacó en avanzada al Capitán Luis de Moscoso, quien tuvo la fortuna de descubrir en «dos pueblos, el uno dicho Vacain y el otro Chionana», algunos víveres, que remediaron las necesidades de la hueste. Otro éxito de Moscoso fué la aprensión de algunos indígenas, que les permitió abrigar la esperanza de disponer de nuevos guías. Después se encontraron con la desagradable novedad de que estos prisioneros, en cuanto se descuidaban los españoles, «se comían los Indios que se llevaban de Guatemala para el servicio».

Contrariado y confuso ante tantos contratiempos, para ir descubriendo la tierra, D. Pedro organizó dos destacamentos, al mando, respectivamente, de su hermano Gómez de Alvarado y del Capitán Benavides. Partió uno hacia el Norte y el otro hacia Levante, descubriendo éste «el pueblo de Dable» y llegando el hermano de D. Pedro «a Guayal, a donde halló leones», y a «la provincia de Mejor», lugar en que pudo coger algunos prisioneros, que hicieron promesa de guiar a los españoles hasta Quito. «También volvió Benavides con la misma razón», y, un poco más esperanzado, D. Pedro se puso en marcha con toda su tropa, al regreso de ambas patrullas.

Llegados al «Río de Dable», destacó el jefe a D. Juan Enríquez, quien a diez leguas «topó con un lugar grande, con abundancia de vestimentos de maíz, reices y pescado». Fué esto un gran alivio, pues el hambre y las enfermedades iban diezmando el ejército.

Los avances se hacían penosos, hasta el punto de que D. Pedro, que con ánimo indomable alentaba a los suyos, se apeó de su caballo para cederlo a un enfermo, siguiendo su ejemplo varios capitanes:

Era entonces la estación de las lluvias. Alvarado se debatía bajo fuertes aguaceros, entre los espesos bosques tropicales, cercado de plagas de mosquitos y miasmas mortíferos. El fangoso suelo movedizo de las ciénagas amenazaba sepultar en su fondo a los viajeros. Sólo la fe inquebrantable del jefe impulsaba a los suyos y era capaz de salvar todos los obstáculos.

Las patrullas de descubrimiento, nuevamente destacadas, regresaban diciendo «que por todas partes no había sino ríos y ciénagas». El hambre y las enfermedades iban en aumento. Muchos españoles padecían «modorra, que sacaba a los hombres de su juicio». Uno de estos pobres perturbados, «salió haciendo desatinos, matando con su espada un caballo, que valía entonces en el Perú a tres y quatro mil pesos».

Entre moribundos, hambrientos y locos, la voluntad y valor de Alvarado permanecían firmes, como únicos puntales capaces de evitar el desastre definitivo.

Otra vez salió en descubierta Juan Enríquez, quien, tras de cruzar ríos y ciénagas, después de un avance entre «gran espesura de monte», llegó a un poblado que logró ocupar después de dura pelea. A este punto se dirigió luego el Adelantado con toda su tropa, reposando allí unos días, durante los cuales murieron varios de los enfermos, entre ellos el citado Juan Enríquez de Guzmán.

* * *

Seguían las angustias y confusiones. No era posible conseguir que los indios indicasen el camino de Quito. Francisco García de Tovar, «hombre diligente», provisto de «un reloj para no perderse en las montañas», salió en descubierta con cuarenta jinetes. Su avance fué penosísimo, teniendo que abrirse paso con las armas entre la espesura de los bosques, considerándose dichoso el que encontraba lugar «para dormir alguna noche en algunas ramas». Pudo, al fin, salvar la selva, y llegó a un río, que pasó gracias a «que avía muchos céspedes enredados en el agua». Poco después Tovar daba vista a un poblado «de unas veinte casas», donde recogió vituallas y noticias de la existencia de otros pueblos. No fiándose de los informes de los nativos, en vez de seguir la dirección señalada por éstos, fué hacia el Norte, alcanzando en pocos días un pueblo grande, en tierra fértil, con muchas siembras y reservas de «carne de venado», cosa que

servió de gran alivio, «porque ya no comían ninguna, y siempre morían y adolecían».

Al tener aviso D. Pedro de este hallazgo, se puso en camino; pero, como si un hado adverso quisiera oponerse en todo a sus designios, durante la marcha para reunirse con Tovar se encontró envuelto en una atmósfera irrespirable, pues «avía esparcido el aire tanta ceniza o tierra del Bolcán, que reventó cerca del Quito, que parecía lo echaban las nubes, creyendo algunos que devía de ser algún gran misterio por divina voluntad».

La misma marcha penosa que su avanzada tuvo que sufrir Alvarado y su ejército. Los caballos estaban rendidos. Los indios procedentes de Guatemala morían unos tras otros. El paso del río fué otra gran dificultad, pues, aunque a los hombres no les era difícil salvarlo, pasando sobre las hierbas entrelazadas, como hizo Tovar, el cruce de los caballos era asunto mucho más complicado. Construyóse para éstos un puente de «ramas atadas con vexucos, de más de trescientos passos de largo, y veinte de ancho», artefacto que fué tendido sobre las espesas plantas acuáticas. No era aquella tarea «para gente tan afligida», pero, sacando fuerza de flaqueza, no tardó en terminarse la obra. Aún les asaltaba la duda de si el puente sería bastante resistente, cuando un caballo que se había soltado lo pasó a carrera. Después de esta prueba ya no hubo dudas y pudo pasar sin contratiempos toda la caballería.

«Llegando el Adelantado al lugar de Francisco García de Tovar, que así le dezían, por averle él descubierto en tanta necesidad», envió nuevas avanzadas, que «dieron en un pueblo llamado Chongo, y de los naturales entendieron que a quatro jornadas estava un gran pueblo que se dezía Noa». Avisado de esto, D. Pedro se puso en marcha al frente de la mayor parte de los jinetes, ordenando al Licenciado Caldera que le siguiese con el resto del ejército, en el que iban los enfermos, a los cuales debía cuidar con toda solicitud. Bondadoso y caritativo, el Conquistador de Guatemala procuró siempre atender a sus infelices soldados, víctimas de las enfermedades, llegando en alguna ocasión a privarse del agua, aunque le abrasaba la sed, por enviarla a los enfermos (62).

Al llegar «al río Chongo, grande y poderoso», vió que en la margen opuesta le aguardaban fuertes contingentes indígenas en actitud

(62) Narra esto Garcilaso (op. cit., lib. II, cap. XVI), como ocurrido durante la navegación, al llegar a Puerto Viejo.

belicosa, «con gran vozería». No se arredró ante ellos el valeroso Adelantado, y, aunque los enemigos le hostilizaron tirando «piedras, y dardos», salvó el fluvial obstáculo, poniendo en fuga a los indios.

* * *

Tras breve descanso en una aldea, el jefe ordenó su ejército para continuar el avance. En vanguardia iba Diego de Alvarado, «con algunos infantes, y cavallos»; seguía D. Pedro, «con otra tropa», cerrando la marcha el Licenciado Caldera, «con el demás resto del campo». Fué ésta una de las más duras fases de la aventura peruana. El hambre, la sed y las epidemias clavaban sus garras en el intrépido y maltrecho ejército. Desgarrados, rendidos y famélicos, los españoles iban cruzando como espectros, «por espesuras tan sombrías, y espantosas, que era cosa temerosa». Gigantescas «sierras de nieve» (63) le cortaban el paso; pero, «no aviendo por do pasar», se lanzaron a cruzarlas, «sin saber dónde acababan. Los grandes copos de nieve que cayan los cegaban, el frío eló a muchos».

Alvarado había ido a luchar contra enemigos, no contra los elementos. Angustiado por la terrible situación de los suyos, los alentaba sin cesar, y en alguna ocasión les «hizo una plática para darles ánimo».

Por fin, el ejército pasó «los montes nevados, que les duraron seis leguas» (64). Curóse entonces cuidadosamente a los enfermos, y, después de reorganizar su tropa, el Adelantado llegó «a un pueblo llamado Quizapincha». Una jornada más adelante entraba en el «gran camino de los Incas». Los españoles podían ya marchar cómodamente por la amplia calzada; pero pronto surgió nueva contrariedad: «entre los pueblos de Ambato y Miliambato» descubrieron huellas de caballos. Otros compatriotas les precedían en la conquista. El contratiempo era grave, comprendiéndolo así D. Pedro, a quien «no gustó de hallar ocupada la tierra que pensava estava libre, y juzgava se le avía de defender por los que primero en ella avían entrado».

Al mismo tiempo que Diego de Alvarado se adelantaba a descubrir y «tomar lenguas», el Mariscal D. Diego de Almagro y el Gobernador

(63) Se refiere a la cordillera de los Andes, cuyo nombre no menciona el memorial.

(64) Al llegar a este punto, habían perecido de los Alvarados ochenta españoles, la mitad de los indios auxiliares y todos los negros que salieron de Nicaragua.

don Francisco Pizarro, que eran los conquistadores de aquellas tierras, recibieron con gran contrariedad la noticia de la venida del Adelantado de Guatemala. Deseando evitar una lucha con quien contaba con «más gente que ellos tenían, y más valerosa», Almagro envió al frente de un destacamento a Lope de Idiáquez, para que reconociese el ejército de Alvarado. Las fuerzas de éste aprensaron a los exploradores, llevándolos a presencia de su jefe, quien, como hombre que «naturalmente era cortés», hizo muy buena acogida a Idiáquez y sus acompañantes, diciéndoles que no era su deseo «buscar escándalos», sino descubrir tierras nuevas donde servir al Rey. Puso D. Pedro en libertad a los prisioneros, encargándoles llevar a Almagro una carta en la que hacía saber las órdenes recibidas del Emperador para descubrir en el mar del Sur, empresa en cuya preparación gastó «mucho su hacienda», y su deseo de ir a tierras que cayesen fuera de las gobernadas por Pizarro, pues no era su «propósito de dar lugar a disensiones». Finalmente, lo citaba para entrevistarse en «Río Bamba, adonde tratarían de lo que a todos fuese de satisfacción».

Al recibir esta misiva, Almagro envió emisarios para «dar la nora buena al Adelantado por su llegada, y significarle el sentimiento que tenía, por los grandes trabajos padecidos». Al mismo tiempo le expresaba su fe en cuanto le consignó en la carta, ya que «siendo tan buen caballero», sabría evitar toda discusión y darse cuenta «de que la tierra no era libre», puesto que D. Francisco Pizarro gobernaba en «la mayor parte de aquellos Reinos».

* * *

«Aviéndose recibido con mucha cortesía en Riobamba», celebraron cordial entrevista el Mariscal y el Adelantado, cruzándose frases corteses y promesas pacifistas. Se inició con esto una serie de conversaciones, que, «después de muchas demandas y respuestas», llevaron a buen término la negociación (65). En virtud de ella, Alvarado regresaría solo a Guatemala, dejando todo su ejército y barcos en el Perú. Como indemnización, se estipulaba una cantidad que le resarciera de los gastos hechos en preparar la armada. Este pacto, que se formalizó en «pública Escritura», no satisfizo a la gente de D. Pedro,

(65) Se trata el episodio brevemente, sin aludir al peligro de ruptura que hubo en varios momentos, ni al paso de un campo a otro de algunos desertores, como Felipillo, intérprete de Almagro, y Antonio Picado, secretario de D. Pedro.

«que siendo cabeza en su ejército perdían su grado»; pero el jefe los calmó «con muy buenas palabras», diciéndoles que obraba así por servir al Rey y evitar una guerra civil, ya que él no pensó nunca «estorbar la conquista» de aquel Imperio «a los que andaban en ella».

Lo pactado se puso en conocimiento de Pizarro, y como D. Pedro deseara entrevistarse con este jefe y ver aquellas ricas tierras, emprendió la marcha con D. Diego de Almagro y «luzida compañía», dirigiéndose al Cuzco, ciudad en que se encontraba el Gobernador.

Las alarmantes noticias de las actividades bélicas «de Quizquiz, Maesse de Campo del ejército Indiano», hicieron momentáneamente variar de ruta a los nuevos confederados, que necesitaban combatir al enemigo antes de continuar su camino. El propio jefe indígena había iniciado los preliminares de la ofensiva, destacando en misión de reconocimiento a su subalterno «Coctarco con una compañía de cien soldados».

Afortunadamente para los de España, la gente de D. Pedro logró aprisionar al indio, obteniendo de él informes de la situación y cuantía del ejército incaico. Esto facilitaba la campaña, y el Adelantado se puso en camino con todo su ejército. A una jornada de las fuerzas enemigas, fué preciso hacer alto una noche para herrar los caballos, continuando la marcha al siguiente día, en el cual dió vista al campamento indígena.

«Varios encuentros» tuvo el Conquistador de Guatemala con el levantisco Quizquiz, siendo herido en uno de ellos el Capitán Alonso de Alvarado y un «comendador de san Iuan».

Sin detenerse mucho en esta contienda, que era para D. Pedro episodio secundario, se encaminó directamente a entrevistarse con Francisco Pizarro. Este había salido del Cuzco para dirigirse al «hermoso valle de Pachacamac». Aquí se celebró la entrevista, no en el Cuzco, pues no quisieron que el visitante viese la «imperial ciudad», por temor de que «las grandezas della» causaran «alguna novedad en lo concertado».

* * *

Veinte días antes que D. Pedro, llegó Pizarro a Pachacamac, a fin de disponer todo para hacerle la honra y regalo «que un tan valeroso Capitán merecía». A la llegada del Adelantado, el Conquistador del Perú le hizo solemne y formularia entrega de su autoridad y poder, ordenando a todos que «absolutamente le llamasen el Gobernador»,

designándole a él y a Almagro solamente por sus nombres, «sin otro título».

En cuantos asuntos surgieron aquellos días, en «causa alguna grave ni fácil», Pizarro no quiso entender, ordenando fuesen a Alvarado «y le obedeciessen y sirviessen como a Superior de todos».

«Honras, caricias y regalos» recibieron sin cesar D. Pedro y los que con él habían venido en la expedición. Así pasaron varios días, en «común regocijo», hasta que se dispuso a partir. Pizarro le hizo entrega de «lo concertado (66), y otras muchas joyas y vasijas de oro y plata», pues, como hombre práctico en la guerra, estimó en lo que valía el esfuerzo traído por D. Pedro. Esta tropa, que quedaba en el Perú, la formaban «ochocientos Españoles, y muchos Indios con tantas armas, y artillería y cavallos, que fué bastantísima causa para que los Maeses de Campo de Atahuallpa, y todo el Imperio de los indios se le rindiessen de veras».

El memorialista termina la relación de la aventura peruana, consignando que gracias a esta intervención pudo dominarse el vasto territorio. Luego hace este comentario, dirigido al Rey de España: «Por cierto, Señor, que quando el Adelantado no hubiera hecho otro servicio más que este a la Corona de V. Magestad, mereciera grandes mercedes y premios, pues la gloria y honra de conquistar el Perú con su tan lucido ejército, pospuso al deservicio de V. Magestad que se causaría con las guerras civiles entre Españoles».

7. — Honduras

Agradecido a la cortesía de Pizarro, D. Pedro partió del Perú, después de mutuas promesas de ayudas futuras para sus respectivas conquistas. Con él marcharon algunos soldados que iban a disfrutar en la patria sus ganadas riquezas.

Parte del año 1534 y todo el de 1535 se había invertido en esta aventura (67).

Al regresar a su gobierno de Guatamala, D. Pedro se dirigió a la ciudad de Santiago de los Caballeros, siendo «muy bien recibido». No fué largo su reposo, porque en el año 1536 tuvo que intervenir en

(66) No se hace constar la cifra de cien mil pesos, que fué la concertada y recibida por Alvarado.

(67) En Abril de 1536 estaba D. Pedro en Guatemala, de regreso de su expedición al Perú.

los asuntos de Honduras. Las crueldades de Andrés de Cereceda y sus desavenencias con el Tesorero García de Celis, hicieron que éste recurriese a D. Pedro, en vista de que la situación de aquella provincia había llegado a ser angustiosa, a causa del mal gobierno. La gente carecía de armas, vestidos, vino, aceite, sal, harina y todo «quanto avían menester para su sustentación». La miseria se acrecentó con una temeraria idea de Cereceda, pues dispuso internar sus hombres tierra adentro, «quitándoles la esperanza de algún remedio por la mar, que pudieran tener en Truxillo».

Dos meses estuvo García de Celis conteniendo el descontento y concertándose con los de Honduras. Transcurrido este plazo, se trasladó a Santiago de los Caballeros, distante «cincuenta leguas de aquel valle de Naco», con el fin de hacer presente a Alvarado el servicio que haría a Carlos V tomando a su cargo aquella desgobernada gobernación. Pareciéndole que era coyuntura propicia «para acrecentar sus servicios, para que el Rey le hiciesse merced», aceptó la propuesta (68).

Hechos con la mayor rapidez los preparativos y llamamiento de gente, púsose en marcha la expedición. No tuvieron paciencia los de Naco, y, considerando que tardaban los de Guatamala, acordaron abandonar la tierra, poniéndose en marcha, dejando atados a unos árboles a Cereceda y «dos amigos suyos». A las dos leguas escasas de camino, unos indios les avisaron la venida del Adelantado, noticia que les hizo retroceder y reconciliarse con Cereceda. Este era «hombre astuto», y, viéndose sin autoridad, él mismo rogó a D. Pedro que aceptase el gobierno. Con esta actitud quería ponerse a cubierto del castigo que sus culpas merecían.

Alvarado se impuso fácilmente, encauzando la dirección de los asuntos y consiguiendo pacificar la tierra «con maña y autoridad, como Capitán diestro, y llegado al puerto de cavallos hizo en él una población, que llamó de san Iuan». Quiso fundar otra ciudad que fuera enlace entre Guatemala y Honduras, destacando a Juan de Chaves «para que entre aquellas sierras» eligiese el lugar adecuado.

Grandes trabajos pasó Chaves, perdido con su grupo en ásperas

(68) Influyó mucho en esta decisión las noticias un poco exageradas que circulaban sobre las riquezas de Honduras, tales como las consignadas en este párrafo de una carta escrita por Cereceda al Emperador el 1 de Diciembre de 1535: «en lo visto hasta agora en las Indias, a lo menos en esta mar del Norte, no creo que hai tierra más rica de minas». «Colección Muñoz», tomo 80, fol. 94. Bib. de la Real Academia de la Historia,

serranías, hasta que logró dar vista a un llano cruzado por un río. Al divisarlo, todos los del destacamento, «aflixidos de caminar, dixeron: Gracias a Dios que avemos hallado tierra llana». Por ello, al fundarse allí el nuevo pueblo, se le puso por nombre Gracias a Dios. La fundación fué un éxito, pues luego se descubrieron «a cuatro y cinco leguas muchas y buenas minas de oro», lo que hizo que la ciudad prosperase, llegando a ser una de las cuatro principales de aquella provincia.

También en este año de 1536 fundó el Adelantado la ciudad de San Pedro, donominación que le puso por el Santo de su nombre.

La labor de Alvarado en Honduras fué, ante todo, colonizadora y fundacional (69). Las tres citadas ciudades quedaban repartidas por aquella provincia, que «tendrá trescientas y setenta leguas». Todas prosperaron: Gracias a Dios, por sus minas; San Juan del Puerto de Caballos, por su tráfico marítimo, que hizo se estableciesen en ella los oficiales reales, y San Pedro, por la riqueza ganadera, iniciada y fomentada por el fundador, quien «con gasto de su hacienda mandó llevar allí ganado».

8. — Las últimas andanzas

Terminadas sus tareas en Honduras, D. Pedro fué a La Habana (70). Desde allí marchó a España, para tratar con el Emperador «algunas cosas graves». En su ausencia, Francisco de Montejo vino desde México y se apoderó de la gobernación de Honduras, quitando los repartimientos a quienes los había dado D. Pedro y adjudicándoselos a sus amigos, no sin tomar «para sí la mejor parte».

Noticioso de esto Alvarado, trató el asunto con Su Majestad, consiguiendo que se despachasen Reales Cédulas que le confirmaron en el gobierno de Honduras y Chiapa (71). Nuevas capitulaciones hizo en este tiempo con la Corona, sobre descubrimientos en el mar del

(69) Durante este período de actuación en Honduras, en Santiago de los Caballeros instruí a D. Pedro juicio de residencia Alonso Maldonado, que a tal fin vino a dicha ciudad. En el citado juicio no se hicieron cargos al residenciado. También por entonces vino a Guatemala el inquieto Fray Bartolomé de las Casas, gran detractor de D. Pedro, cuyo excesivo celo por el bien de los indios le hizo vivir fuera de la realidad y ver desenfocadas las tareas conquistadoras, lo que se refleja en sus obras, especialmente en la «Brevisima relación de la destrucción de las Indias», furibundo alegato contra los Conquistadores.

(70) Embarcó a principios de 1537, en el Puerto de Caballos, desde donde, por carta de 27 de Julio de 1536, se había despedido del Ayuntamiento de Guatemala.

Sur, «desde Nueva España a las islas de la especería». Concluídos estos negocios, el conquistador de Guatemala embarcó para las Indias (72), trayendo consigo algunos capitanes «que avían estado muchos años en las islas Tidores, y las demás de la especería». Hizo el viaje en «tres navíos gruesos», en los cuales vino también con él una tropa de trescientos arcabuceros y «mucha gente de guerra». De vitualla y municiones se aprovisionó en Canarias y en La Española.

* * *

En Abril de 1539 llegaba D. Pedro al Puerto de Caballos. En «poco más, o menos de un año» (73) había hecho el viaje de ida y vuelta a España, cosa «que exagera mucho la gran diligencia, y cuydado deste Capitán». Fué seguidamente a la ciudad de San Pedro, donde arregló las diferencias surgidas con Montejo (74) sobre las gobernaciones de Honduras y Chiapa, «perdonándole y remitiéndole veinte y ocho mil ducados de que se avía aprovechado de las cuadrillas de Guatemala» (75). Todo esto «lo hizo don Pedro de Alvarado con mucha liberalidad, como persona de noble condición», deseoso de evitar dañosas rencillas y «alteraciones contra el servicio de Su Majestad, porque el Adelantado atendió siempre mucho esto».

* * *

Resueltos los asuntos de Honduras, D. Pedro fué a Guatemala (76), donde con gran celo procuró cumplir las órdenes del Rey sobre «buen

(71) No se hace mención del cargo de Gobernador de Guatemala, en el que fué confirmado por Real Cédula dada en Valladolid el 22 de Octubre de 1538. Esta Cédula la publica José Milla: «Historia de la América Central desde 1502 hasta 1821», tomo I, pág. 302. Guatemala, 1879.

(72) El memorialista, decidido a no mencionar los auténticos matrimonios de Alvarado, calla que al embarcar D. Pedro, a principios de 1539, le acompañaba su segunda esposa, pues había casado en España con su cuñada doña Beatriz de la Cueva, Dama de la Emperatriz.

(73) Debíó querer decir dos años, puesto que Alvarado partió en 1537 y regresaba en 1539.

(74) Está consignado así, aunque, realmente, fué en Gracias a Dios donde se concertaron Alvarado y Montejo.

(75) Queda sin concretar que el arregló con Montejo consistió en ceder ésta la gobernación de Honduras, a cambio de la de Chiapa y la de la encomienda de Xochimilco, que tenía Alvarado en Méjico.

(76) Llegó a Santiago de los Caballeros el 15 de Septiembre de 1539.

gobierno, y conversión de los Indios», fundando varios monasterios. Pronto empezó también a entender en los preparativos de la armada para la empresa de descubrimiento de islas en el mar del Sur, según había concertado con la Corona. Para ello, con el fin de construir naves, «traxo mucha jarcia, y anclas desde Puerto de cavallos, y Truxillo, que están en el mar del Norte, a Iztapan, y Zonconate, puertos del mar del Sur», según consta en «los libros de Cabildos de Ciudad Real, y los asientos que en el año de 1539 se hallan a cerca desto».

Pronto estuvo constituida una escuadra compuesta de doce navíos «de alto bordo», una galera y varias fustas. Bien aprovisionados de armas y víveres, el jefe ordenó que zarpara su flota, en la que iban más de ochocientos españoles, ciento cincuenta caballos y «muchos Indios de servicio». Las naves debían dirigirse a un puerto de Nueva Galicia (77), punto en que se les uniría D. Pedro, quien por tierra marchó a México, a fin de entrevistarse con el Virrey D. Antonio de Mendoza, ponerse de acuerdo con él sobre sus planeados descubrimientos e «informarse bien de lo que avía hecho fray Marcos de Niza, y Francisco Vázquez de Cornado» (78).

Una sublevación de los indígenas de Nueva Galicia desvió al infatigable paladín de sus propósitos descubridores, que ya no se realizarían nunca.

* * *

Los indios «chichimecas gente bárbara, y feroz», se alzaron en «los pueblos de Suchilipa, Apozol, Xalpa, y otros del distrito de Guadaluaxara», refugiándose en las cumbres de las sierras, al amparo de los fuertes recintos llamados peñoles. Desde allí descendieron en número de unos quince mil, para atacar a los cristianos. La situación de éstos se hizo apuradísima. Los que lograron huir de Guadaluaxara, pidieron socorro a los pueblos próximos. En su defensa fué Juan de Alvarado; pero los contingentes enemigos seguían en aumento y el panorama era cada vez más sombrío. Sabiendo que el Adelantado se encontraba «ya en costa de la mar, en los pueblos de Avalos, hasta veinte leguas

(77) No se detalla itinerario—tras un alto en Acapulco, las naves fueron a Santiago de Buena Espezanza—, ni se dice que en el gobierno de Guatemala quedaba Francisco de la Cueva, cuñado de D. Pedro.

(78) Alvarado y el Virrey Mendoza se concertaron sobre conquista de lo descubierto por los citados, en virtud de escritura de 29 de Noviembre (Col. Muñoz, tomo 82, fols. 122 y sig.) La relación es incompleta, sin narrarse el viaje de D. Pedro a Méjico y su regreso al Puerto de la Navidad.

de allí», dispuesto a partir con su armada, le rogaron viniesen en su auxilio.

Don Pedro, pensando que «era bien socorrer aquel peligro, como era Cavallero honrado», partió «con gran parte de la gente que tenía de a pie, y de a cavallo». En una jornada pasó «la barranca de Tonalá, que era camino de tres días, así por la espereza de la tierra como del río, el qual es todo poblado de Indios Zacatecas», llegando sin tropiezos a Guadalajara (79). En consejo con los demás capitanes, Alvarado estimó que no era oportuno mantenerse a la defensiva dentro de la ciudad. Esto envalentonaría a los aborígenes, a los que era preciso batir en ataque decisivo. Para ello, se puso en marcha con su tropa, «y llegando con toda la gente que sacó de Guadalajara al pueblo de Muchistlan», inició, como tantas veces, una ofensiva diplomática. Ni amigables ofertas ni promesas de «perdón y buen tratamiento» modificaron la actitud de los rebeldes. Ante el fracaso de toda contemporiación, D. Pedro se decidió a atacar un peñol, que «era alto, empinado, y muy dificultoso» (80). El encuentro fué duro. Los de España atacaban con bravura; pero los del peñol resistían valerosamente, lanzando una lluvia de flechas y piedras contra los asaltantes.

El Adelantado quedó en la retaguardia mientras los suyos subían la empinada cuesta del cerro, en cuya cumbre estaba el fuerte. Un caballo rodó por la pendiente, y Alvarado, que tantos riesgos había corrido en su vida, aunque descabalgó para desviarse, no pudo evitar que la cabalgadura le arrojara, en un salto, al rebotar sobre unas peñas (81). Con un «gran golpe en los pechos», los españoles recogieron a su jefe, mortalmente herido. Ocurría esto «el día de San Juan del año de mil y quinientos y quarenta y uno. El mismo día y hora que en la Ciudad de los Reyes en el Perú mató don Diego de Almagro, Mestizo, al Marqués don Francisco Pizarro, gran amigo de Alvarado». (82).

(79) La llegada de D. Pedro a Guadalajara—12 de Junio de 1541—marca el momento decisivo en la última etapa de su vida.

(80) Se refiere al peñol de Nochistlan, no mencionado de manera concreta en el memorial.

(81) La versión no está recogida con exactitud, ya que el accidente ocurrió después de la retirada, al rodar por una pendiente el caballo del Escribano Montoya.

(82) Este paralelo que trata de establecerse entre los sucesos que ocasionan el fin de dos vidas heroicas de famosos extremeños, no es exacto. Francisco Pizarro fué asesinado dos días después de la fiesta de San Juan, el domingo 26 de Junio de aquel año de 1541.

A D. Pedro, «molido y brumado como estava, con mucha brevedad le llevaron a la ciudad de Guadalupe», distante veintiuna leguas del lugar de la desgracia. Allí otorgó su testamento el 4 de Julio, ante Diego Hurtado, falleciendo cristianamente, después de recibir todos los Santos Sacramentos, «con muchas muestras de su salvación» (83).

El Virrey de Nueva España, D. Antonio de Mendoza, comunicó por carta de 5 de Julio la triste nueva a la ciudad de Santiago de los Caballeros. En esta carta se nombraba Gobernador de Guatemala a D. Francisco de la Cueva (84). Cuando Su Majestad tuvo noticia de la muerte de Alvarado, «fué dando orden» para que las provincias de su gobernación las rigiera una Audiencia, que se creó por Cédula dada en Barcelona el 20 de Noviembre de 1542 (85), siendo ello «indicio claro de que el vacío del Adelantado sólo le pudo llenar la Audiencia Real de Guatemala».

Don Pedro quedaba «por única hija suya legítima a doña Leonor de Alvarado» (86), nacida de doña Luisa, la princesa tlascalteca. Doña Leonor casó con el citado D. Francisco de la Cueva, que sirvió en las «rebeliones del Perú, y en todas las conquistas de Guatemala por espacio de cuarenta años, gobernando muchos dellos las dichas provincias por ausencia del Adelantado su suegro» (87).

(83) La fecha de la muerte de Alvarado no ha podido fijarse con exactitud, pareciendo la más probable, a pesar del testamento citado de 4 de Julio, la del 29 de Junio. Vid. Altolaguirre: Op. cit., pág. 271.

(84) El memorialista se propuso hasta el fin silenciar todo lo relativo a los dos matrimonios de Alvarado. Sin duda por ello, no dice que a la muerte del Gobernador fué nombrada Gobernadora, el 9 de Septiembre, su viuda doña Beatriz de la Cueva, dándose el caso, verdaderamente excepcional en las Indias, de gobernar una mujer. La gestión de doña Beatriz fué corta, pues el día 11 de aquel mismo mes de Septiembre pereció víctima del horrible terremoto desencadenado en la ciudad de Santiago.

(85) Por errata, el memorial pone 1442.

(86) La afirmación no es exacta, ya que Alvarado dejó más hijos; pero, realmente, todos murieron, siendo en la sucesión de doña Leonor donde se perpetuó la sangre del ilustre Adelantado. Sobre la descendencia de D. Pedro, Vid. «Libro de genealogías de Santiago», tomo I, fol. 24 vto. (ms. en el Arch. Hist. Nacional) y el citado trabajo de Rújula y Solar.

(87) Se consigna este parentesco, no el de cuñado, que es el que Cueva tenía con don Pedro en los momentos a que se alude, pues no casó con doña Leonor hasta después de muerto el Adelantado, como el mismo D. Francisco comunica al Emperador en carta de 20 de Septiembre de 1541, en la que dice, refiriéndose a su esposa: «viéndola huérfana me casé con ella». Angel Altolaguirre: Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, pág. Madrid, 1905.

9.—Al margen del relato biográfico

La relación de servicios, verdadera primitiva biografía del ilustre Conquistador de Guatemala, termina con lo anteriormente consignado. Aun con sus deficiencias, confusiones y defectos, tiene, como ya dijimos, un indudable valor de curiosidad. Se bosqueja la vida del guerrero, y hasta se perfila algún detalle, a través, claro está, de un enfoque subjetivo.

Sin pretensiones, con un noble y modesto deseo de cooperación, hemos querido colocar la vieja biografía construída en el primer tercio del siglo xvii, junto a los buenos posteriores libros biográficos (88) y junto a las valiosas aportaciones documentales sobre la figura de Alvarado (89). Aunque sólo sea por su antigüedad, que le presta abolengo de prelación, bien merece un puesto en la bibliografía alvaradina.

* * *

El descendiente de Alvarado, al terminar la relación de méritos de su ilustre tatarabuelo, anota brevísimamente los prestados por él y por sus más próximos ascendientes. Por todos ellos, y por los de su antepasado Xicotencatl, por quien le vienen derechos a «la sucesión del reino de Tlascalca», pide para sí y sus descendientes el «título de Adelantado de la dicha Provincia de Guatemala» y seis mil ducados de renta perpetua en encomienda de indios, en la citada provincia.

(88) Sobre Alvarado, a más de los citados trabajos de Altolaguirre, han hecho obras de conjunto John Foghan Kelly: «Pedro de Alvarado, Conquistador» (Princeton, 1932), y Adolfo Baron Castro: «Pedro de Alvarado» (Madrid, 1943). La primera de estas dos obras citadas es amplia y trae (pág. 5) un interesante gráfico de los itinerarios de este guerrero; la segunda es compendiada y, sin duda, el más ameno relato de la vida del Conquistador de Guatemala.

(89) Entre los documentos publicados que aportan datos para la historia del Conquistador de Guatemala, merecen destacarse los siguientes: «Relación hecha por Pedro de Alvarado a Fernando Cortés, en que se refieren las guerras y batallas...»; «Otra relación... en que se refiere la conquista de muchas ciudades...» (Bib. Aut. Españoles, tomo XXII, págs. 457-463); «A Letter of Pedro de Alvarado relating to his expedition to Ecuador» (New York, 1917); «Proceso de residencia contra Pedro de Alvarado», publicado por J. López Rayón (México, 1847); «Libro viejo de la fundación de Guatemala y papeles relativos a D. Pedro de Alvarado», con prólogo de Jorge García Granados (Guatemala, 1934).

Don Nuño Núñez de Villavicencio concluye su memorial con unas consideraciones sobre D. Pedro de Alvarado, cuyos méritos son el fundamental apoyo de su pretensión. Dice así el memorialista, dirigiéndose al Rey de España:

«El Adelantado digno de inmortal renombre, por su gran prudencia, y valentía; pasó en servicio desta Corona mares nunca conocidos, halló ríos jamás oídos, sufrió peligros inmensos, acometió, y venció muchos exércitos, peleó como Español león, entró volcanes, llovióle muchos días ceniza, sufrió gran sed y hambre, no temió contrario alguno por fuerte y grande que fuesse, fixó el estandarte de V. Magestad, y la ley Evangélica en Provincias remotísimas tan a costa de su sangre y vida, sujetó más de dos mil leguas de tierra, y con gran lealtad y fidelidad puso los Reyes, y Caciques della debaxo de la Corona de V. Magestad, haciéndoles sus vasallos y tributarios, y a otros cortándoles las cabeças, aventurando la suya en muchas ocasiones, ofreciéndose a la muerte por defensa de su Ley, y Rey, y últimamente perdiendo la vida (mejor diría mejorándola con eterna fama), peleando con los Chichimecas reveldes. Qué remuneración, y mercedes no se pueden esperar de V. Magestad a tan insignes hazañas, y servicios?»

* * *

¡Triste destino el de estos paladines que asombraron al mundo con su fama! Hazañas y servicios que rayan en lo fabuloso, no sirvieron siquiera para preservarlos a ellos de rencores y olvidos. En contadísimos casos, un honor—nunca de máximo brillo—con carácter permanente, recuerda quiénes son sus sucesores. Esto en contadísimos casos, como los de Cortés o Pizarro, que merecieron simples títulos de Marqués; en los otros, ni la más pequeña distinción señala sus linajes. La Grandeza de España—supremo rango honorífico, tantas veces pródiga e inadecuadamente repartido—, no parece creada para estos titanes de la Historia, Grandes con Grandeza Universal.

¡Triste destino el de los Conquistadores, que fueron precisamente quiénes fijaron los pilares del Mundo Hispánico, única y suprema gloria de que hoy puede enorgullecerse España! Acaso, sin que tal fuera el propósito, la preterición creó el simbolismo de que puedan sentirse descendientes de aquellos héroes todos los españoles de buena voluntad, muy especialmente todos los extremeños, la raza del terruño forjador de los guerreros legendarios.

Justamente hace ahora cuatro siglos que murió Hernán Cortés, el extremeño insigne a cuyas órdenes luchó el ilustre extremeño D. Pedro de Alvarado. El tiempo ha ido barriendo y borrando a su paso accidentalidades brillantes, nombres, instituciones... Todo ha pasado; pero los mundos que ganaron aquellos paladines permanecen bajo los brazos abiertos de la Cruz, a la que elevan sus oraciones en español millones de almas. ¡La Fe y la Lengua; Cristo y España! Sobre leyendas negras ajenas y olvidos propios, está la verdad eterna de la Raza Hispana, forjada al ritmo de los corazones creyentes e intrépidos de los Conquistadores.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

C. de la R. A. Historia.

